



Aarón Garrido

Entre raza y clase social
**HACIA LA
ETNOGÉNESIS
CRIOLLA**

Entre raza y clase social
HACIA LA
ETNOGÉNESIS
CRIOLLA

Por Aarón Garrido



www.PANCRIOLLISMO.com

INTRODUCCIÓN

La defensa de la raza blanca y la identidad criolla en las Américas, carece de suficiente respaldo ideológico y reivindicación a lo largo de la historia. Eso obliga a que las nuevas generaciones den los primeros pasos en un terreno desconocido, controvertido, pero que esconde los elementos indispensables para llevar a cabo una defensa integral de esta particular síntesis: la de sangre europea y suelo americano.

El siguiente trabajo, junto con retomar las interrogantes planteadas en la parte final de *Realidad del Nacionalsocialismo en el Chile del Siglo XXI*, procura ofrecer una nueva perspectiva sobre algunos hechos históricos y factores cotidianos en la realidad social chilena, que además de explicar la situación actual de los criollos, ofrecen tímidas claves sobre cómo se puede dotar a éstos de aquello que hoy más carecen: una Nación o etnia criolla.

Desde ya aclaramos que para efectos de este trabajo, los conceptos de “nación” y “etnia” han sido empleados indistintamente, por lo que deben ser entendidos como sinónimos.

Sin embargo, el mérito del siguiente ensayo no debe buscarse en la extensión y detalle de los datos proporcionados, sino que en la actitud anímica y ética

propuesta a la hora de replantear la historia, y nuestras relaciones sociales en el escenario actual.

Palabras clave: raza, etnia, clase social, autoconsciencia étnica.

1.

LAS ETNIAS

Actualmente se encuentra disponible en Internet una publicación aparecida en la Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Arturo Prat, titulada *¿Etnia, Pueblo o Nación? Hacia una clarificación antropológica de conceptos corporativos aplicables a las comunidades indígenas*¹. A lo largo de este trabajo, su autor, Horacio Larraín, analiza el uso que a lo largo de la historia y en la actualidad han tenido conceptos como Etnia, Pueblo y Nación², a fin de identificar el más idóneo para denominar a las comunidades indígenas que habitan Chile. Cabe mencionar que Larraín, junto con lograr de forma bastante aceptable lo desde un comienzo indicado en el título de su

¹ Larraín, Horacio (1993): *¿Etnia, Pueblo o Nación? Hacia una clarificación antropológica de conceptos corporativos aplicables a las comunidades indígenas*; Revista de Ciencias Sociales (CI), número 002, Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile; Págs. 28-53.

² Para nosotros, y siguiendo la investigación de Horacio Larraín, “Etnia” y “Nación” son palabras distintas que se refieren exactamente a la misma idea, siempre y cuando – y como se hará de aquí en adelante – se entienda a la segunda a la luz de su concepción premoderna. Por esta razón, y reiterando la advertencia hecha en la introducción, aclaramos que a lo largo de este ensayo utilizaremos una y otra palabra de manera indistinta.

investigación – pues efectivamente consigue clarificar los conceptos objetos de su estudio –, no vacila en hacer menciones al factor racial o biológico, ni se desgasta en relativizar la existencia de las razas mediante los obligados lugares comunes que los antropólogos modernos deben ritualmente reiterar cada vez que hacen si quiera una tangencial mención sobre el tema.

Justo antes de exponer las conclusiones de su investigación, Larraín indica siete elementos distintivos que, en concordancia con el concepto de etnia por él trabajado, permitirían identificar si estamos o no en presencia de una ellas. Estos elementos son los siguientes:

a) Un origen racial indígena, aunque -como anota León-Portilla- sea fuertemente mestizado;

b) Una lengua común, cualquiera sea el estado de pérdida o de decadencia en que se encuentre. Incluso en el caso de nuestros atacameños, la extinción de la lengua no es óbice a la existencia de supervivencias lingüísticas; toponímicas o rituales, como de hecho sucede;

c) Expresiones culturales comunes, compartidas por la mayor parte de la comunidad, máxime al nivel del rito y la ceremonia de origen ancestral;

d) Un territorio que usan en común, sea porque emplean sus bofedales y vegas de altura, en forma comunitaria, sea porque mantienen en la familia extensa, las

tierras agrícolas que la sociedad chilena les ha obligado a poseer a título privado, so pena de perderlas;

e) Una auto-conciencia de su ser propio, esto es, auto-conciencia de su identidad como “pueblo”. Auto-identificación étnico-cultural.

f) Una tendencia, aún perceptible, a la endogamia étnica, si bien el fuerte mestizaje debilita más y más estos lazos de parentesco intra-étnico. La presencia de apellidos claramente reconocibles como originarios y propios de determinadas aldeas o caseríos y su repetición casi mecánica, en ellos revelan la fuerte dosis de endogamia aún vigente.

g) La conservación de algunas expresiones artísticas y artesanales propias de la etnia. Un caso es la presencia de alfarería en varios pueblos atacameños. Del trabajo textil o de cestería, según los recursos disponibles, en otros pueblos.

Si bien esta lista de elementos distintivos de las etnias es bastante completa, la forma de redacción que existe entre los puntos a) y f) nos parece que induce a equivocaciones. Por una parte, en el punto a), se señala como elemento étnico necesario el origen racial común “aunque fuertemente mestizado”, y por otra parte, en el punto f), se reconoce que “el fuerte mestizaje debilita más y más estos lazos de parentesco intra-étnico”. De este modo, no queda claro si el mestizaje es entendido por el autor como una posible fuente de identidad étnica, o por el contrario, como

un fenómeno que atenta contra el vínculo existente entre sus integrantes.

La única forma de salvar esta contradicción, y que el origen racial común “fuertemente mestizado” pudiese llegar a servir como elemento base y distintivo para una etnia, sería que en algún momento el proceso de mestizaje se detuviese, y que a partir de entonces se produjesen cruces exclusivamente endogámicos de la población ya mestizada. En caso contrario, si el mestizaje llegase a convertirse en un proceso ininterrumpido a lo largo de sucesivas generaciones, y en definitiva, nunca se detuviese, la etnia original necesariamente experimentaría una transformación tras otra, dando lugar a una progresiva inestabilidad de los lazos de parentesco étnico mestizo.

Independiente de esta aparente contradicción, de nuestra lectura concluimos que lo elemental es **que el sustrato racial de la etnia permanezca homogéneo y estable.**

Sin embargo, la raza no tiene por requisito indispensable la pureza absoluta³, y por tanto, tampoco la etnia basada en

³ “La raza no se define por una pureza estricta, sino que por la posesión de una forma física general (las características antropológicas generales asociadas con una raza), la forma espiritual general asociada a ella, y el estilo cultural e identidad que está sociológicamente vinculada con la raza”. (Lucian Tudor, *Ethnic and racial relations: ethnic states, separatism, and mixing*, publicado en <http://www.counter-currents.com>).

dicha raza⁴, por lo que un grado menor de mestizaje no se opone necesariamente a la existencia étnica y su proyección hacia el futuro mediante cruces *endogámicos*.

Hechos estos alcances, podemos sintetizar los referidos siete elementos como sigue:

- a) Origen racial común;
- b) Lengua común;
- c) Expresiones ceremoniales ancestrales comunes;
- d) Territorio común;
- e) Auto-conciencia de su ser propio, esto es, auto-conciencia colectiva.
- f) Tendencia a la endogamia étnica.
- g) Conservación de algunas expresiones artísticas y artesanales propias de la etnia.

Cabe señalar que no todas las etnias han reunido copulativamente todos y cada uno de estos elementos, pudiendo verificarse variaciones y consiguiente falta de homogeneidad en lo racial, lingüístico, territorial, artístico, entre otros, de allí que la referida lista no pueda ser entendida como una suerte de “receta” para crear etnias, sino que como una referencia a los factores más comunes en

⁴ Sallis, Ted; *Pureza racial, intereses étnico genéticos y el caso Cobbs*, publicado en <http://www.counter-currents.com/>

la generación del fenómeno étnico. Sin embargo, existe uno de estos elementos que resulta totalmente indispensable, al extremo de poder afirmar que de él depende la existencia de las etnias como nosotros las entendemos; este factor es el contenido en el literal e).

Y es que así como en la raza lo determinante para definir la pertenencia radica en la afinidad fenotípica/genotípica, en el caso de la etnia dicho papel lo cumple la **autoconsciencia étnica intersubjetiva**, esto es, la asunción que una colectividad hace del carácter único de su propia identidad, sumado a una identificación recíproca entre el individuo y sus pares. En otras palabras, consiste en un reconocimiento compartido al interior de un grupo humano en cuanto conformar una entidad colectiva única, diferente de las demás, vinculada con un pasado común, y una tendencia a compartir un similar destino. De este modo, mientras la pertenencia racial se define por un factor objetivo que por lo general es fácilmente constatable, la pertenencia étnica lo hace por un factor subjetivo, mucho más sutil y complejo que el primero.

Tras lo recién expuesto, alguien podría plantear la hipótesis de que bastaría con que un grupo humano cualquiera (por mera excentricidad, o incluso a la fuerza) comenzara a reconocerse como diferente a los demás y a generar identificación entre sus pares para auto-proclamarse como una nueva etnia. ¿Podría un grupo de estudiantes, sindicato, partido político, o junta de vecinos afirmar que por su

vinculación e identificación intersubjetiva recíprocas han constituido una nueva etnia? Evidentemente no, y es que si bien la autoconsciencia colectiva (que de ahora en adelante llamaremos *auto-conciencia étnica*) es el elemento distintivo y más relevante de toda etnia, ésta no basta por sí sola para su conformación, sino que debe basarse en uno o más elementos objetivos comunes **que necesariamente sean de trascendencia generacional** (como los enunciados en la ya referida lista).

Esta autoconsciencia, que está muy lejos de ser pura arbitrariedad, pone énfasis en uno o más elementos de trascendencia generacional para determinar la pertenencia étnica, y así trazar la frontera que diferenciará entre semejantes y extraños, entre “Nosotros” y “Ellos”. A pesar de que en todas las etnias existen componentes raciales, históricos, artísticos, lingüísticos, religiosos, etc., no siempre reciben el mismo énfasis dentro de la escala de valores de cada etnia. Esto varía de un caso a otro dependiendo del tipo de diversidad presente en el entorno de cada etnia, esto es, los grupos humanos con que deban interactuar en su devenir, forzándolas a reconocer tanto lo que une a sus integrantes, como lo que diferencia a éstos de sus vecinos. Por ejemplo, en un entorno de marcada diversidad lingüística, la propia lengua de una etnia tendrá un alto valor para determinar quién pertenece a ella y quién no; lo mismo en un contexto de alta diversidad racial, religiosa, etc.

El proceso por el cual un grupo de personas adquiere etnicidad, esto es, una identidad grupal que los define como grupo étnico, y que es el resultado de la interacción de los factores objetivos y subjetivos ya mencionados, se llama **etnogénesis**.

Los factores objetivos sobre los que se estructura cada etnia nos informan en dos sentidos: en primer lugar, sobre la diversidad humana que rodeó a una determinada comunidad a lo largo de su respectivo proceso de etnogénesis, y en segundo lugar, sobre la valoración social, política y principalmente moral, que sus integrantes le reconocen a los factores objetivos que han servido de núcleo para la respectiva etnia⁵.

⁵ “La identidad no puede ser limitada a identificaciones del sujeto, sino que también sujeta a presiones e influencias externas. Para el individuo y para el grupo, la identidad implica constantes idas y vueltas entre los sentimientos de adentro y las presiones del exterior (...) Por supuesto, la relación con otros puede ser tanto empática como hostil. Giovanni Sartori está en lo correcto al decir que “la otredad es un complemento necesario de la identidad: somos lo que somos, en la manera que somos, dependiendo de lo que no somos y en la manera en que no somos” (...) Pero esto está también en el centro del problema de la identidad, porque cada identidad, cada conciencia de identidad supone la existencia de otros. (e.g., Robinson en su isla no tiene identidad; él gana una cuando Viernes llega). Las identidades son forjadas a través de la interacción social, por lo que no hay identidad fuera de las relaciones con otros. La identidad étnica descansa en la misma idea: nunca es puramente endógena, sino que está “basada en la categorización por otros y la identificación a un grupo particular” (Alain Policar). Ya que la identidad es lenguaje, cada lenguaje implica diálogo. El diálogo en sí

mismo contiene su parte de posible conflicto, en el sentido de que es una confrontación.

Cada identidad implica un diálogo. Esto significa que el ser puede sólo volverse autónomo si tiene una identidad relacionada con el diálogo. Pero eso también significa que el otro es parte de la propia identidad, porque él ayuda a alcanzar su realización” (De Benoist, Alain; *On Identity*, originalmente aparecido en *éléments* 113 (Verano 2004). Traducido al inglés por Kathy Ackerman y Julia Kostova; p. 39. La traducción al castellano es nuestra.

2.

LA MEZCLA INTER-ÉTNICA EN LA ETNOGÉNESIS

La mezcla inter-étnica y la mezcla interracial son fenómenos diferentes con consecuencias igualmente diferentes. Ambos transforman a las etnias que las experimentan, pero la gran diferencia radica en que mientras en el primero los lazos raciales se conservan, en el segundo se debilitan.

La mezcla entre etnias europeas ha sido un fenómeno recurrente en la historia. Las etnias que la han experimentado han sufrido transformaciones que han afectado de manera permanente a sus Identidades originales. Sin embargo, la fuerza de las circunstancias, y más importante aún, el hecho de que este fenómeno ocurra entre pueblos racial y culturalmente afines, ha permitido que nuevas etnias europeas nazcan, en una suerte de muerte y renacer interminables que han acompañado la etnogénesis de todos los pueblos europeos que existen y han existido. Por ejemplo, si la Península Ibérica fue habitada – en diversas épocas –, por íberos, celtas, visigodos y romanos, y en la actualidad éstos ya no existen, pero sí castellanos, catalanes, gallegos y vascos – entre otros –, no se debió a

una aniquilación de los primeros y reemplazo por lo segundos, sino que a una transformación étnica y continuidad racial entre estos dos conjuntos de pueblos, étnicamente diferentes, pero racialmente afines.

De esta forma, la mezcla **entre etnias europeas** puede ser legítimamente vista tanto como fenómeno negativo (por quienes la consideran una amenaza la continuidad identitaria de sus propios pueblos) como positivo (por quienes ven en ella el origen de sus respectivos pueblos). Por esta razón, no es posible afirmar objetivamente la bondad o maldad intrínseca de la mezcla inter-étnica europea: en ella se encuentra el germen tanto de la conservación como de la transformación de la actual diversidad de los pueblos europeos de todo el mundo.

La actual diversidad étnica europea comprende una amplísima gama de expresiones en costumbres, moral, religión, política, economía, etc., pero que reconoce como principal punto de partida la indivisible amalgama biológico-espiritual que es la raza (que en este caso, es aquella conocida comúnmente como “raza blanca”). Esta diversidad étnica europea ha sido el resultado de un complejo proceso de adaptación que la raza blanca ha experimentado en sus diversos entornos.

Cada una de las identidades europeas refleja en sí alguno de los muchos caminos que por miles de años ha recorrido la raza blanca en Europa y el mundo, por lo que cada

Identidad goza del altísimo mérito de ser un fragmento y testimonio vivo de la historia blanca mundial; Identidad que jamás ha dejado de desarrollarse entre triunfos, fracasos, deseos, temores, fortalezas y debilidades, y que por lo tanto, al compartir la imperfección inherente al ser humano, no se nos presenta como abstracción extraña, sino que familiar, como la cotidiana, inocente y salvaje realidad.

3.

ESTRATEGIAS DE PRESERVACIÓN ÉTNICA Y RACIAL

Dado que el número de sus diversas poblaciones todavía lo permite (aunque no por mucho más tiempo), la estrategia de supervivencia colectiva en Europa debiese consistir en un imperativo tendiente a la conservación de cada una de sus etnias europeas locales, mediante procreación intra-étnica. Este imperativo de conservación jamás debería derivar – como ha ocurrido incontables veces – en una hostilidad que ponga en riesgo la existencia de los demás pueblos europeos.

Sin embargo, en entornos donde la población blanca constituye una **minoría** proveniente no de una, sino que de **diversas etnias europeas**, la estrategia de supervivencia colectiva debiese consistir en un imperativo tendiente a la **conservación de la raza blanca mediante procreación inter-étnica pero intra-racial**.

Para muchos nacionalistas e identitarios en Europa esto último podría sonar como una apología a la mezcla inter-étnica, o una suerte de desprecio a la existencia y conservación de la diversidad de sus respectivas etnias. Esta

estrategia de supervivencia colectiva no tiene por fundamento un rechazo a la diferenciación étnica europea, ni la asunción de la igualdad de la especie humana, ni mucho menos un afán homogeneizador de las diversidad. Se trata simplemente de la aplicación de un principio altruista en servicio de la comunidad; un principio que ha acompañado a la humanidad desde sus orígenes; un principio que muy bien enunciaron los viejos nacionalsocialistas alemanes con la máxima *Gemeinnutz geht vor Eigennutz* (“bien común por sobre el individual”).

Reflexionando en una línea altruista, donde lo prescindible se posterga ante lo indispensable, nos parecería correcto que una persona se sacrificase por su familia, varias familias por su comunidad, o varias comunidades por su etnia. En ese sentido, resulta coherente con lo anterior que en un contexto donde no exista otra alternativa de supervivencia colectiva – siendo la población blanca una minoría proveniente de diversas etnias europeas situada en medio de una mayoría no-blanca –, **sea la diversidad étnica europea la que se sacrifique en nombre de la continuidad racial blanca.**

Dado que la raza blanca constituye la materia prima indispensable para la conformación de las etnias europeas, resulta éticamente correcto **desde un punto de vista altruista** sacrificar la diversidad étnica europea en nombre de la supervivencia racial blanca; y dado que una vez preservada la raza blanca se abren posibilidades para que a partir de ella se produzca la generación de nuevas etnias de

igual origen racial, resulta correcto **desde un punto identitario**, dado que la diversidad europea afectada no se anularía totalmente, sino que simplemente se transformaría adoptando nuevas expresiones. En otras palabras, dado que es la raza blanca la que ha dado vida tanto a las culturas como etnias de origen europeo, en situaciones extremas (como las actuales) resulta forzoso sacrificar estas últimas a fin de preservar la primera.

En nuestro caso, la única razón por la que desde los tiempos de la Conquista de América hasta el día de hoy aún existen en el continente enclaves de raza y cultura blancas – además de las sucesivas migraciones europeas posteriores –, **es la procreación inter-étnica e intra-racial que han llevado a cabo los eurodescendientes de Norte a Sur**. Se haya querido o no, se sacrificaron las particularidades étnicas y culturales en nombre de la continuidad del ente racial que las generó.

La realidad de la actual presencia de poblaciones europeas en las Américas es un hecho que nadie discute, sin perjuicio de los debates vigentes sobre la época exacta del comienzo de las primeras migraciones, la valoración del impacto que tuvo a lo largo del continente, y su cantidad actualmente existente en aquellos países donde no hay interés por parte del Estado en censar racialmente.

Mediante un análisis fenotípico – o mejor aún, genotípico – es posible determinar si una persona pertenece a una u otra

raza, sin que la opinión del sujeto analizado tenga mayor incidencia en el resultado, y en ese sentido, la clasificación depende mucho más de un criterio objetivo que subjetivo. A través de tal ejercicio, se puede identificar quienes en las Américas son de raza blanca y quienes no lo son. Simple.

Pero la respuesta se vuelve mucho más compleja cuando nos preguntamos, ya no por la raza, sino que por la etnicidad de dicha población de raza blanca. En otras palabras, y considerando las ideas de etnia y etnogénesis anteriormente expuestas, nos enfrentamos a la pregunta: **¿constituye una etnia esta población blanca?**

4.

LOS CRIOLLOS Y SU ETNICIDAD

Los criollos corresponden a aquella población de América que es continuadora de la herencia bio-psico-cultural europea (principalmente sud-europea), y que en Chile es de origen mayoritariamente hispánico. Por esta razón, la palabra “criollo” en América, al igual que “böer” en Sudáfrica o “ario” en la India Védica, no representa a una raza “nueva”, sino que es otra de las tantas nomenclaturas locales surgidas para referirse a una misma población europea, pero en contextos espaciales y temporales diferentes.

A partir de la Conquista de Chile (1541) se dio inicio a un sostenido proceso de mestizaje entre indígenas y europeos. Por cada nuevo mestizo engendrado y criado, dejaba de nacer un eurodescendiente (español, y posteriormente criollo), por lo que la población blanca junto con no aumentar, contribuyó a incrementar la cantidad de mestizos, es decir, **extranjeros raciales**.

No obstante el universalismo católico, la evangelización de los indígenas, y la desventaja numérica a que los colonizadores españoles se expusieron de manera casi

suicida, la diversidad de las naciones y razas fue aceptada como una realidad cotidiana y tan presente, que dio origen a un extravagante sistema de clasificaciones raciales, compuesto de un número de categorías directamente proporcional a las mezclas interracial verificadas a lo largo de la historia colonial⁶. Era indiscutiblemente una época de realismo racial⁷.

Por aquel tiempo, el destino (político, económico, militar, etc.) de Chile se hallaba completamente en manos europeas, y las principales tensiones al respecto no se generaron sino entre dos poblaciones igualmente intra-europeas: españoles peninsulares, y criollos. A lo largo de la Colonia, la ingerencia ultramarina de la metrópoli y la Iglesia Católica pasó a ser percibida como contraria a los intereses criollos, y preocupada más en asegurar el fortalecimiento de sus específicas instituciones estatales y religiosas, que en garantizar una reciprocidad mutuamente respetuosa entre la autoridad imperial y las comunidades locales de sus súbditos.

A pesar de tratarse de una minoría, el reconocimiento de la diversidad humana local, la *endogamia* racial, y la progresiva tensión política, social y económica hacia los peninsulares, prepararon el camino para que los criollos, en un proceso más instintivo que racional, dejaran de

⁶ Véase “Sistema de castas colonial”.

⁷ Véase *Why race is Not a “Social Construct”* publicado en www.counter-currents.com

reconocerse como españoles, y pasaran a hacerlo como una Identidad colectiva y autoconsciente; poco a poco se había configurado un escenario favorable para la etnogénesis criolla, permitiendo que la población blanca local pudiese dar el siguiente paso, avanzando desde la unidad racial hacia la afirmación de su identidad colectiva como única y diferente a las demás. Había llegado el momento propicio para que la raza blanca diera a luz una nueva etnia, una que pasaría a engrosar la gran familia de castellanos, vascos, alemanes, italianos, y demás pueblos europeos del mundo.

Pero algo salió mal.

Tras el proceso de independencia política iniciado en 1810, y siguiendo la estrategia jacobina de la Revolución Francesa, la República de Chile declaró la igualdad de todos los hombres, aglutinándolos política, social, y por supuesto, racialmente, mediante la artificial y homogeneizante nacionalidad “chilena”. Ello significó que ante la República, sus autoridades, y leyes, toda la diversidad étnica y racial que ya había sido fuertemente golpeada durante la Conquista y la Colonia, pero que aún sobrevivía mediante el sistema de castas coloniales, pasara a ser derechamente negada. Se buscaba construir una nueva realidad social basada en la igualdad ilustrada, a costa de terminar de destruir la escasa diversidad humana natural que había logrado sobrevivir al bilateral genocidio del mestizaje.

Cuando lo que se desea es ejercer hegemonía mediante un único sistema y sobre la mayor cantidad de pueblos, las particularidades humanas (razas, sexo, lenguas, patrias, creencias religiosas, valores, normas sociales, jerarquías locales, altruismo intra-étnico, aversión inter-étnica, etc.), se convierten en una desagradable piedra en el zapato. Para perseverar en esto, sólo existen dos alternativas:

1. Conseguir su funcionamiento sacrificando al sistema y adaptándolo previamente a las múltiples particularidades humanas, o bien;
2. Conseguir su funcionamiento sacrificando todas las particularidades humanas que impidan su aplicación igualitaria.

La Modernidad, que incubada silenciosamente realizó su formal declaración de guerra en 1789, así como todos sus productos derivados con que no ha roto sintonía, es un proyecto al que sus autores, con una mezcla de racionalidad, ingenuidad y brutalidad, le asignaron la segunda de las alternativas señaladas. Por lo dicho, se entiende que cuando en 1810 las ideas de la Ilustración tocaron la puerta de Chile, la aplanadora raciofóbica de la Modernidad no viera con buenos ojos la existencia diferenciada de criollos, mestizos e indígenas.

Sin embargo, la Modernidad no es un ente vivo, sino que una estructura de pensamiento/acción implementada por los hombres, y dado que en este caso el destino de Chile se

hallaba en manos criollas (y sus autores y portadores fueron de origen igualmente europeo), es en ellos que debe reconocerse a los responsables de la apertura del pensamiento moderno a estas tierras.

Ya fuera por ignorancia, odio a España, o la simple euforia inherente a todo proceso de emancipación, criollos y mestizos fueron los pioneros en identificarse con la nueva y vacía nacionalidad chilena. En cambio, los pueblos indígenas, etnias en el más pleno sentido de la palabra, conscientes de no formar parte de una nacionalidad chilena que les resultaba igual de ajena que la española, se mantuvieron fieles a sus Identidades; una actitud suficientemente reprochable a los ojos del naciente burgués ilustrado, que por medio de violencia igualmente ilustrada, se encargaría de dar un inolvidable correctivo a los pueblos “retrasados” y “barbáricos” que se atrevieran a apartarse del camino lineal hacia el progreso. Y es que no siendo suficiente la amalgama racialmente inconexa de criollos y mestizos, fue necesario que en nombre de la nacionalidad chilena y su “prometedor” proyecto político unitario, se absorbiera a la fuerza a todas las etnias indígenas existentes de Norte (Guerra del Pacífico) a Sur (Pacificación de la Araucanía).

Mientras que por falta de mujeres blancas y una trágica tolerancia al mestizaje los primeros conquistadores españoles dieron inicio al proceso de mezcla racial, por ambiciones político-económicas y una ingenua fe en el

progreso, los primeros revolucionarios criollos dieron inicio al avance de las ideas ilustradas, y con ellas, de la Modernidad. Una triste tradición de pecados mortales que fue transmitida de padres a hijos, donde el primero significó condenar a los criollos a ser una minoría, y el segundo resultó, no en su destrucción física, sino que en el aburguesamiento y neutralización de la autoconsciencia étnica: la generación de un blanco cadáver embalsamado y bellamente maquillado.



“Denominación de Chilenos”

Decreto del Director Supremo, del 3 de Junio de 1818

Supuesto que ya no dependemos de España, no debemos llamarnos españoles sino Chilenos.

En consecuencia mando:

Que en toda clase de informaciones judiciales, en causas criminales, de limpieza de sangre; en las partidas de bautismo, confirmaciones, matrimonios y entierros, en lugar de la cláusula: Español natural de tal parte; que hasta hoy se ha usado, se sustituya por la de Chileno de tal parte.

Observándose en lo demás la fórmula que distingue las clases, entendiéndose que respecto a los indios, no debe hacerse diferencia alguna, sino denominarlos Chilenos.

Transcribase; imprímase y cúmplase.

Hecho en la ciudad de Santiago

Manuel Atkinson

Extracto del decreto fechado en Santiago, el 3 de junio de 1818 y publicado en la gaceta Ministerial de Chile el día 20 del mismo mes,

que permitió a los nacidos en Chile, incluyendo a los aborígenes o indios del país, llamarse chilenos. El texto original rezaba (el destacado es nuestro):

“Después de la gloriosa proclamación de nuestra Independencia, sostenida con la sangre de sus defensores, **sería vergonzoso** permitir el uso de fórmulas inventadas por el sistema colonial. **Una de ellas es denominar españoles a los que por su calidad no están mezclados con otras razas, que antiguamente se llamaban malas.** Supuesto que ya no dependemos de España, no debemos llamarnos españoles, sino chilenos. En consecuencia, mando que en toda clase de informaciones judiciales, sean por vía de pruebas en causas criminales, de limpieza de sangre, en proclama de casamientos, en las partidas de bautismo, confirmaciones, matrimonios y entierros, en lugar de la cláusula: Español natural de tal parte que hasta hoy se ha usado, **se sustituya por la de chileno natural de tal parte** ; observándose en los demás la fórmula que distingue las clases: **entendiéndose que respecto de los indios no debe hacerse diferencia alguna, sino denominarlos chilenos, según lo prevenido arriba.**

Transcribase este derecho al Señor Gobernador del Obispado, para que lo circule a las Curias de esta Diócesis, encargándoles su observancia y circúlese a las referidas corporaciones y jueces de Estado; teniendo todo entendido que **su infracción dará una idea de poca adhesión al sistema de la América** y ser un suficiente mérito para formar un juicio infamatorio sobre la conducta política del desobediente para aplicarle las penas a que se hiciere digno”. Promulgado por Bernardo O’Higgins Riquelme.

Fue a la luz del proceso de emancipación que la población blanca se reconoció cada vez menos criolla y cada vez más chilena, pasando de identificarse con sus pares y ancestros europeos, a hacerlo con un conglomerado multirracial mayoritariamente mestizo, donde lejos de hallar a sus

“connacionales”, sólo podría encontrar extranjeros raciales. Para toda persona, especialmente en condiciones de minoría étnica o racial, identificarse con un conglomerado racialmente ajeno conduce a desviar escasas y valiosas manifestaciones de altruismo, beneficiando a un grupo externo a costa del propio. Mientras la población blanca de Chile siga reconociéndose ante todo, o exclusivamente, como “chilena”, corre el riesgo – como ha ocurrido – de priorizar una identidad jurídica y artificial por sobre otra biológica y real, erradicando su herencia genética mediante cruces con “otros chilenos” que en realidad no son otra cosa que – nuevamente – extranjeros raciales.

La pretensión de unidad, control político e igualación forzada condujo a que, sin perjuicio de que la población blanca local continuase su existencia biológica, ésta dejara de reconocerse como única y diferente en términos raciales. Para el hombre blanco despertar como chileno significó entrar en coma como criollo, y el cauce natural que debía seguir tras finalizar el control político, jurídico y económico de España, conservando la tradición y avanzando hacia una nueva forma de europeidad americana, se vio violentamente interrumpido por la adopción de un modelo de sociedad fundado en la progresiva eliminación biológica de sus raíces raciales y el olvido del ser europeo.

A pesar de la existencia de diversos factores de trascendencia generacional idóneos para la etnogénesis criolla – entre ellos, la raza – la ausencia de autoconsciencia

étnica lo impidió y lo sigue impidiendo hasta el día de hoy, y es que, como se indicó, la autoconciencia étnica es el factor distintivo y presupuesto esencial en el fenómeno étnico. **Así es como nos encontramos con que en Chile existe población de raza blanca, pero no una etnia o nación de dicho origen.**

Y siendo esto así, podríamos preguntarnos, ¿es esto un problema? Y de ser así, ¿vale la pena encontrarle una solución?

Si sólo se puede **luchar** por lo que se ama, amar lo que se respeta, y respetar aquello que a lo sumo se **conoce**, entonces los criollos que **ignoran** su existencia jamás podrán **defenderla**. Un grupo humano que se ignora a sí mismo se vuelve indiferente ante las manifestaciones de su propia destrucción, ya sea por manipulación cultural, violencia física, o mezcla racial. Un grupo humano que se ignora a sí mismo sólo podría sobrevivir bajo un status quo favorable que artificialmente lo aísle del conflicto, garantizándole todo lo indispensable para su casi autómatas existencia. Pero si repentinamente las condiciones favorables cesasen, dicho grupo humano quedaría expuesto a las duras consecuencias de la adversidad, sin poder recurrir de manera idónea al vínculo entre semejantes como estrategia de supervivencia colectiva.

Si olvidamos el pasado, desconoceremos el verdadero sentido del presente; si ignoramos el presente, nuestro

futuro quedará entregado a lo que otros decidan hacer con él. En el caso de los criollos, desde el momento que éstos renunciaron a definirse y determinarse conforme a su verdadero ser, quedaron expuestos a que agentes externos hagan dicho trabajo, pero en un sentido totalmente lejano a sus intereses identitarios.

Sin autoconciencia étnica – y por tanto, sin una etnia – la población blanca de Chile está condenada a desaparecer.

Las decisiones raciales no impactan a quién las toma, sino que a sus descendientes. Los aciertos y errores al respecto dependerán del grado de altruismo a favor de nuestros semejantes que nos permita hacer primar a éstos por sobre nuestros caprichos individuales. Pero si el altruismo se ha desviado en favor de un grupo distinto del nuestro, y además se pierde la capacidad para distinguir entre quienes son nuestros semejantes y quienes no, podemos anticipar una interminable sucesión de pésimas decisiones raciales. Cuando una persona blanca renuncia a su identificación como europea (o pos-europea, si se quiere) pasando a reconocerse en las poblaciones mestizas e indígenas, no se genera automáticamente su muerte individual, sino que se declara tácitamente el deseo de dar muerte a sus futuros hijos.

Respondiendo la interrogante sobre la importancia de la ausencia de una etnia blanca, y de la autoconciencia étnica que ella requiere, deberíamos decir: Depende. Para personas

de un origen racial distinto al europeo, este tema difícilmente revestirá el carácter de una causa trascendente o justa; no es su problema, por lo que no se sienten llamados a buscarle su solución. La verdad es que a la mayoría mestiza no le importa si el día de mañana los blancos desaparecen de Chile para siempre, por lo que no hay que perder el tiempo buscando entre ellos la comprensión y apoyo que hace falta. En cambio, para los criollos necesariamente se trata de una situación problemática, relevante, donde está en juego la continuidad bio-psico-cultural de un tipo humano único, y por lo tanto para ellos se reduce a una cuestión de vida o muerte.

5.

RAZA Y CLASE SOCIAL

Tras el avenimiento de la República, quedó vedada para siempre la afirmación oficial de cualquier identidad que no fuese la chilena. Como toda nacionalidad liberal contractualista, en la chilenidad lo determinante para ser considerado “nacional” es el cumplimiento de formalidades jurídico-burocráticas, y no la afinidad identitaria entre la persona y el pueblo al que se incorpora. Este vacío de contenido en las nacionalidades modernas se entiende por su visión antropológica y misión expansiva, y es que a menor contenido identitario, más fácil resulta extenderse sobre más pueblos, un rasgo propio de las corrientes igualitaristas.

Sin embargo, con el correr de los años, la inicialmente vacía nacionalidad chilena comenzó a adquirir un nuevo significado. La chilenidad pasó a ser identificada con el perfil humano de la mayoría de la población, esto es, mestizo en lo racial y europeo en lo cultural. Pasar de una nacionalidad genérica y vacía a otra identificada con un tipo humano ajeno, no reportaba ningún beneficio identitario a los criollos, pues luego de desproveerse de su Identidad

natural, se asignaron a sí mismos otra racialmente extranjera.

Los criollos no supieron hacer la distinción necesaria entre política e Identidad, y el mal prestigio de la gestión administrativa de España en las Américas pasó a contaminar la identificación de los criollos con su herencia identitaria hispánica. El prejuicio hacia España y los peninsulares arrojó a los criollos a los brazos de la chilenidad, quienes prefirieron identificarse con esta nueva identidad por ser un símbolo de vida política independiente, y no por hallarse en sintonía real con sus raíces europeas. Así, el nicho de la identidad colectiva criolla fue ocupado por la nacionalidad chilena. La pregunta por el ser – “¿Quiénes somos?” – quedó respondida de una vez y para siempre: “somos chilenos, y punto”, sin nuevos intentos por reencontrarse con dicha vital interrogante, y con las Identidades que la República y la Modernidad habían aplastado a su paso.

De una manera bastante ingenua, las nuevas autoridades de la República de Chile asumieron que, dejando de reconocer la diversidad racial a nivel institucional (y con el tiempo adoptando el axioma de que todos los chilenos eran mestizos), se lograría evitar el conflicto racial y generar una mayor unidad “nacional”; actitud equivalente a pensar que un problema pueda desaparecer sólo por dejar de hablar de él. Desde entonces, y hasta el día de hoy, se renunció a censar la realidad racial del país, y “por decreto” se declaró

la hibridez racial igualitaria para todos los habitantes de Chile.

Cada vez que el ser humano moderno y su arrogancia antropocéntrica han intentado torcer la mano a la Naturaleza, ésta no sólo consigue igualmente manifestarse, sino que lo hace de maneras bastante más desagradables a cómo habría sido de haberla dejado operar con espontaneidad. Eso fue lo que ocurrió en Chile, y tras la negación de la diversidad racial y la asunción de una nacionalidad ajena, los criollos se dirigieron hacia una nueva forma de diferenciación social, ésta vez no basada en vínculos naturales, étnicos y armónicos, sino que artificiales, materialistas y mucho más conflictivos.

En efecto, como Alain de Benoist sostiene (la traducción al castellano es nuestra):

La valorización del trabajo, originalmente sostenida por la burguesía como una reacción a la desinteresada y por tanto “improductiva” nobleza, proveyó el primer sustituto para la identidad. Dentro de una industrializada división del trabajo, los logros individuales crean un deseo de reconocimiento, basado en el hecho de que uno tiene un trabajo, y en el sentimiento de orgullo resultante de “un trabajo bien hecho”. Pero la nueva división social también transformó a la clase social en un sustituto para la identidad colectiva. En

el siglo 19, la guerra de clases jugó un papel por mucho subestimado en cuanto a identidad se refiere. Pertenecer a cierta clase representa un estatus (el estatus es la identidad del sujeto tal como se define por una institución) y las clases crean su propia cultura específica. La guerra de clases permite a nuevas identidades cristalizar, porque la clase no está sólo definida por una actividad socio-económica sino que también por una referencia antropológica a los fundamentos naturales de la sociedad. Como Lamizet lo plantea “Las clases reconocen la naturaleza controversial y dialéctica de las diferencias entre grupos dentro del espacio público”⁸.

Los criollos ya habían experimentado la discriminación clasista a manos de los españoles peninsulares, por lo que la identificación entre pares, el nepotismo, y el pragmatismo por la hegemonía ya les resultaban familiares en los años posteriores a la Independencia. **Fue así como ante una República basada en una nacionalidad transracial, la pretensión de la igualdad ilustrada, y la negación/olvido de los vínculos raciales, la Identidad se manifestó mediante el florecimiento y fortalecimiento del más salvaje clasismo al interior del núcleo criollo.**

⁸ De Benoist, Alain: *On Identity...*cit, p. 20-21

a. Efecto racial y de hegemonía

En Chile, tanto antes como después de la Independencia la clase dirigente fue siempre de origen europeo: primero españoles y luego criollos. Con el tiempo se pudo apreciar cómo los principios ilustrados que impulsaron a estos criollos a fundar la República, a negar la diversidad humana existente, y a redefinirse como “chilenos”, fueron dejados de lado por ellos mismos de una manera muy sutil. Es cierto, no hubo separatismo ni supremacismo blanco, pero sí una clase social dominante de origen europeo que desde un comienzo marcó la diferencia entre “Ellos” y “Nosotros”.

A los ojos del Liberalismo, elementos como la raza, etnia, linaje, tradiciones, y similares, son imposiciones que limitan la libertad del individuo. El individuo, en cuanto ser racional, es capaz de autodeterminarse y dirigirse por su propia voluntad hacia la consecución de la felicidad. Para el Liberalismo, las únicas diferenciaciones humanas legítimas son aquellas que son producto de la razón y la voluntad humanas libremente determinadas, entre las que se encuentra el éxito económico. En ese sentido, el Liberalismo fue meritocrático, pues no sólo toleró, sino que promovió que aquellos con mejor éxito económico pudieran acumular riqueza, ascender, y perpetuarse en sus posiciones sociales.

Esta concepción liberal, unida al desinterés de los criollos por reivindicar su identidad heredera del pasado hispánico, formó parte del contexto en que surgió la República y la nacionalidad chilena. Así, los criollos se encontraron con que existía una manera liberalmente legítima para segregarse dentro del nuevo contexto social pretendidamente unitario: el Liberalismo veía con buenos ojos que hubiera separación social basada en el éxito económico, y por casualidades del destino, se dio que el grupo de mayor éxito económico en Chile coincidía con el de los criollos.

¿Pero por qué se segregarían los criollos, si fueron ellos mismos quienes promovieron ideas, ensayos constitucionales y un modelo político que igualaba a todos los seres humanos y los declaraba simplemente “chilenos”?

No deja de llamar la atención que en Chile existiera una importante coincidencia (aunque no absoluta, como veremos después) entre la clase alta y un específico origen racial. Da la impresión de que la centenaria convivencia colonial entre criollos, mestizos e indígenas, y posteriormente durante la República, permitió un reconocimiento recíproco de las personalidades de cada población (realismo racial), generando así estereotipos que, a pesar de carecer de rigurosidad y simplificar la realidad, permitieron una aproximación al comportamiento de estos tipos humanos. Esta aproximación al “otro” (que no ocurrió en otro contexto que el de una dominación de varios siglos),

permitió comprender a los criollos que los mestizos e indígenas no eran sus pares. Al otro lado del océano, la Iglesia Católica y las autoridades imperiales españolas podían en nombre de Dios o del Rey darse el lujo de elaborar cualquier concepción igualitaria en favor de su hegemonía sobre los súbditos; los españoles y misioneros recién llegados podían tragar, escribir, y predicar dichas concepciones a lo largo de las Américas con total desconocimiento de la realidad humana efectiva; e incluso los más convencidos políticos ilustrados de la época podían dar la espalda a Dios y al Rey y declarar la igualdad de los hombres a la luz de la razón humana, pero ninguno de estos hechos pudo alguna vez remover la noción, profundamente arraigada tras años de observación y convivencia multirracial, de que la naturaleza de los tipos humanos mestizos e indígenas era ajena a la de los criollos.

La República negó las distinciones raciales a nivel oficial, pero la Ilustración francesa, el odio a España incentivado por Inglaterra, y ni siquiera la desafortunada administración por parte de la metropoli, impidieron que los instintos raciales criollos se manifestaran mediante un nuevo racismo, sólo que ésta vez expresado mediante claves y procesos clasistas.

Sin duda la chilenidad pudo verse como una declaración idealista y novedosa en el papel, pero en la práctica, los criollos no tenían el más mínimo interés en fundirse con “el pueblo chileno”; es más, pretendían conservar sus

posiciones de influencia política, jurídica, militar, económica, social y religiosa heredadas de la colonia, y de paso marcar una sólida frontera con el bajo pueblo indomestizo. Ya no era posible culpar a la Corona o a los representantes peninsulares de la desigualdad en Chile, porque era desde el interior de la sociedad chilena que emergía un deseo de no mezclarse con la mayoría de sus habitantes, pero al mismo tiempo controlar la República y dirigirla según sus ideas ilustradas: dominar todo lo del pueblo, pero sin el pueblo. Desde entonces, y hasta el día de hoy, lo que tenemos son “dos Chiles” diferentes.





Arriba y página anterior: imágenes representativas del Chile criollo, principalmente concentrado en la clase alta de la sociedad.





Arriba y página anterior: imágenes representativas del Chile indo-mestizo, principalmente concentrado en las clases media y baja de la sociedad.

Lejos de ser un fenómeno propio de siglos pasados, estas clases sociales se proyectan hasta el día de hoy, siendo más evidentes que nunca. Las expresiones raciales de la Naturaleza fueron reprimidas, y ésta adoptó causas que hoy revisten un carácter desagradable y de inherente injusticia, pues la saludable solidaridad racial e intra-étnica, en la sociedad chilena fue forzada a adoptar la forma del clasismo nepotista más explícito y despótico.

Como es de suponer, un clasismo tan fuertemente asentado significó condiciones de vida diferentes para los tipos humanos propios de cada clase, sin embargo, reducir las particularidades en el comportamiento solamente al acceso y calidad de la educación, o el orden, limpieza y estética de

sus respectivos entornos únicamente a recursos económicos, es un razonamiento que adolece de vicios propios de la Modernidad (racionalismo y materialismo), y que, obsesionándose por encontrar causas en abstracciones teóricas y materia inerte, ignoran el impacto del espíritu y la materia viva (léase, genes y raza) en el ser humano y sus sociedades. En otras palabras, es cierto que el clasismo impulsado por los criollos condujo a la segregación respecto de mestizos e indígenas, pero las sociedades que a partir de entonces cada grupo creó tras dicha separación no son sólo consecuencia de privaciones económicas y educacionales, sino que también de factores bio-psíquicos, y más exactamente del bagaje genético de los autores de dichas sociedades.

Para ejemplificar la realidad de esta segregadora mentalidad y realidad clasista, con sus indirectas implicancias raciales, pueden considerarse dos indicadores:

a.1. Indicadores en el lenguaje

El lenguaje popular es un indicador bastante útil para reconocer las tendencias y tipo de discriminación presentes en una sociedad. En países como Estados Unidos⁹, donde el

⁹ De la cultura de insultos raciales aún vigente en Estados Unidos da cuenta sitios como *The Racial Slur Database* (<http://www.rsd.org>), donde no solamente se aprecian términos derogatorios, sino que algunos que han sido empleados por personas para identificarse a sí mismas como parte de un grupo, y definir una identidad.

racismo ha destacado por sobre el clasismo, es posible apreciar que un amplio espectro de epítetos con elementos raciales sobreviven en el lenguaje popular, surgidos no sólo para designar a blancos (*Hillbilly*, *Cracker*, *White Trash*, *Redneck*) y negros (*Nigger*, *Cotton Picker*, *Jigaboo*, *Spook*) sino que también a nuevos grupos de inmigrantes, basándose no solamente en la raza, sino que incluso en la etnia. Esta creatividad popular no se expresó de manera equivalente en un sentido clasista, por lo que al mismo tiempo, destaca que en la sociedad estadounidense exista una escasez de epítetos de este carácter.

En Chile, en cambio, **no se crearon insultos raciales**. Esto no significa que no se haya insultado a personas blancas, mestizas o indígenas al interior de la sociedad chilena, sino que nunca se elaboraron palabras nuevas y específicas alusivas a estereotipos de grupos raciales. A pesar de la alta diversidad presente en Chile, el *meme* ilustrado de que “todos somos mestizos” marcó a fuego el subconsciente de los habitantes de Chile con la idea de igualdad racial. A lo sumo se han visto débiles intentos contemporáneos por copiar epítetos racistas provenientes de otros países, pero sin elaborar otros de origen local. Por otro lado, la ausencia de éstos contrasta con la existencia de otros de carácter clasista, que se han empleado constantemente en distintos momentos de la historia de Chile. Así, entre las expresiones con alusiones clasistas, para gente de clase alta, se encuentran *cuico*, *pituco*, *paltón*, y *pelolais*, mientras que para las clases bajas se ha empleado *cuma*, *rasca*, *roto*, y

flaute. De una manera directa o indirecta, estas palabras han surgido para referirse a cuestiones consideradas relevantes dentro de la sociedad, como el aspecto y origen social de personas, situaciones, o cosas. A su vez, la indiferencia de la sociedad chilena hacia la realidad racial ha vuelto innecesario la creación de palabras equivalentes en esta materia.

A la luz de las ideas de De Benoist, el efecto de estas categorizaciones y la presencia del “otro” en la formación de la identidad queda aún más claro:

Para averiguar quién soy, primero tengo que saber dónde estoy. Como Merleau-Ponty reconoció, el cuerpo es una síntesis de cuerpo y entorno. (...)La completa definición de la identidad de un individuo necesariamente incluye su contexto vital, el espacio que comparte con otros, porque él se definirá a sí mismo de acuerdo con la percepción que tiene él tiene de esto. El grupo siempre transfiere una parte de su identidad al individuo mediante el lenguaje y las instituciones. Es imposible definir un *Yo* o un *Nosotros* sin referirse a otro que al *Yo* o al *Nosotros*.

“Yo” implica existencia, pero no es suficiente para ser una identidad. Por supuesto, identidad es lo que da significado a la existencia, pero, ya

que la existencia nunca es puramente individual, la pregunta por la identidad necesariamente toma una dimensión social. (...) La identidad no es creada sólo en conexión con el sujeto, sino que también con la identidad de otros¹⁰.

Lo dicho no puede llevarnos a confundir el valor de la raza y de la clase social. La raza es una división de la especie humana surgida del devenir vital del hombre en interacción con el medio, y por tanto, es una consecuencia de la Naturaleza manifestada millones de años antes del surgimiento de las estratificaciones de clase dentro de una sociedad. Las clases sociales son divisiones artificiales, producto de relaciones económicas y de poder al interior de los grupos humanos. La clase social, por tanto, es posterior e inferior a la raza en cuanto criterio de división humana. Este criterio, aun cuando basado en cuestiones artificiales, en Chile coincide con divisiones naturales y reales, más específicamente, raciales.

a.2. Indicadores en el estudio de la lucha de clases.

Tanto en Chile como en Iberoamérica no existen obras que analicen los roles, obras e historia de las poblaciones locales desde un punto de vista racial, como sí se ha hecho en la historiografía de otras ex colonias europeas como Canadá o Estados Unidos. Sin embargo, existe una muy nutrida

¹⁰ De Benoist, Alain: *On Identity*, ...,cit., p. 38.

bibliografía, principalmente marxista, que estudia roles, obras e historia en Iberoamérica desde un punto de vista clasista. Bien es sabido que el Marxismo (como ideología surgida de la Modernidad) es contrario al reconocimiento de las razas humanas, sin embargo, lo que de manera accidental ha permitido esta interpretación clasista de la historia en las Américas, es un análisis indirecto del fenómeno racial. Indirecto, puesto que si bien el Marxismo no plantea explícitamente la existencia de grupos y conflictos raciales, sí lo hace respecto de las clases sociales, y cuando las clases sociales coinciden mayoritariamente con específicos grupos raciales, podemos concluir que existe una convergencia de ambos fenómenos; así, las fuentes de información de uno permiten aproximarse a lo que históricamente ha ocurrido con el otro.

Lógicamente, el sesgo marxista es un elemento con el que debe tenerse cuidado a la hora de analizar investigaciones de tales autores. No se trata de fundamentar una visión identitaria criolla recurriendo al Marxismo, sino que de comprender que, en ausencia de investigaciones raciales en Chile (por la negación institucionalizada de esta realidad a partir de la Independencia) la historiografía que algunos autores (principalmente marxistas) han ofrecido sobre la lucha de clases en Chile y las Américas, da cuenta indirectamente sobre dos realidades que se han ignorado deliberadamente: 1) que a pesar del fracasado intento de unidad chilena las razas todavía existen; y 2) que la convivencia de estas razas ha sido históricamente

conflictiva. La negación racial forzó a que el conflicto adoptara un cause clasista; porque **no es que las clases sociales se hayan vuelto racistas, sino que fueron distintas razas las que pasaron a posicionarse al interior de clases sociales diferentes.**

En Chile, el clasismo tuvo el efecto de segregar razas en nombre de las clases sociales, al punto de que éste poco se ha diferenciado de lo que habría sido una política conciente de segregación racial. En teoría, los criollos se definieron al igual que el resto de la población: como chilenos; pero en la práctica, los criollos se segregaron del resto conforme a criterios clasistas, definiéndose en los hechos como de clase alta o burguesa. La autoconciencia étnica nuevamente quedaba impedida de surgir – la Identidad criolla otra vez era la gran perdedora – siendo desplazada por la conciencia de clase burguesa. No obstante, debido a que los márgenes de clase coincidían sustancialmente con los márgenes raciales, la segregación clasista permitió que la raza blanca pudiera al mismo tiempo ser preservada. **Las circunstancias históricas y sociales impulsaban a que, desde el punto de vista racial, los criollos burgueses hicieran lo correcto, pero por las razones equivocadas.**

b. Efecto cultural

Si bien a partir de la llegada de los conquistadores se apreció un progresivo fortalecimiento de paradigmas

culturales españoles, a lo largo del Siglo XIX este proceso adquirió matices mucho más extremos. En el contexto de máximo esplendor que en Europa alcanzaba la aplicación de las ideas liberales, el europeo se volvía sinónimo de conocimiento y civilización, mientras que el indígena pasaba a ser tenido por salvaje y atrasado. Era el inicio de una concepción eurocéntrica que perdurará hasta el día de hoy, no basada en las raíces étnicas, raciales, culturales y espirituales de la raza blanca, sino que en su valor como mera generadora y portadora de progreso material.

Una mentalidad de este tipo no conduciría necesariamente a problemas internos en una Nación europea, pero el resultado es distinto cuando ésta se verifica en una sociedad donde la mayoría de su población, parcial o totalmente, descende de pueblos indígenas.

La discriminación y ridiculización que desde centros de influencia se hizo de los elementos indígenas (como apellidos, costumbres, vestimentas, idioma, y hasta el aspecto físico), forzó a que mestizos e indígenas paulatinamente fueran ocultando sus raíces, mientras adoptaban elementos europeos para identificarse. Los descendientes de los conquistados pasaban a rendirse ante la cultura de sus conquistadores, de sus amos, y a servirse masoquistamente de códigos culturales que los obligarían a ubicarse siempre por debajo de otros.

Cuando el bajo pueblo aceptó servirse de los códigos culturales europeos, se condenó a sí mismo a una vida de frustración, resentimiento y obsesión por alcanzar el estado de aquellos que habían creado dichos códigos, que eran realmente los únicos a los que les hacía real sentido ocuparlos. Comenzaba la ridícula competencia por el blanqueamiento artificial, mediante mentiras sobre los propios orígenes (descender de “algún europeo” o criollo destacado), o la sobrevaloración de cuestiones insignificantes (apellidos, color de cabello en la infancia, etc.). Pero aunque parezca lo contrario, este interés por encontrar y demostrar orígenes europeos nunca ha tenido por finalidad una identificación sincera con las etnias y tradiciones del Viejo Continente, sino que simplemente ganar prestigio fácil en una sociedad clasista donde la clase alta es de origen europeo; para el bajo pueblo de Chile, los elementos culturales y raciales europeos se convirtieron en maquillaje y ornamenta social, un parafernático disfraz¹¹ para mostrarse como algo diferente a lo que se es: un verdadero tributo a sus amos blancos¹². Se trata de travestis

¹¹ Si bien esto ha impactado a toda la sociedad chilena, se manifiesta de manera más cruda y desagradable entre las mujeres, donde el uso de tintura de cabello, maquillaje base para aclarar la piel, lentes de contacto de colores claros, zapatos de tacón, y hasta “respingadores” (la última novedad en “corrección” de narices indígenas), sumado al creciente aumento de cirugías plásticas de todo tipo, revelan la enfermiza fijación por aparentar una raza ajena.

¹² En este centenario fenómeno de travestismo racial debe encontrarse la principal causa de la identificación de personas no-blancas con el

raciales, *mestizofrénicos*, o simplemente, mestizos e indígenas culturalmente colonizados.

La identificación que la población no-blanca de Chile siente con la imagen europea se aprecia de manera explícita en la publicidad comercial. No debe existir ningún fenómeno más pragmático y menos ideológico que el mercado actual: éste decide, hace y deshace según las utilidades que obtenga. Este mercado, independiente del producto, rechaza adaptarse a estándares ideológicos, religiosos o morales de cualquier índole, lo cual sería una carga que limitaría las estrategias para la obtención de ganancias. Éste simplemente vende de la forma que más le resulte conveniente. Si la publicidad actual se sirve casi exclusivamente de hombres, mujeres y familias completas de raza blanca, no lo hace porque sus autores tengan ideas racistas, nazis o eugenésicas, sino que simplemente porque ése es el tipo humano con que las personas de Chile se sienten más identificadas, y que por tanto, las invita a confiar y comprar más. Invito al lector a que haga la prueba mirando con detención spots publicitarios, revistas, periódicos, gigantografías, y hasta los maniquíes de las tiendas (donde por más que los pinten de gris, dorado, o cualquier otro color, los rasgos delatan un fenotipo no sólo blanco, sino que incluso nórdico) pues en un país como Chile, donde no existen leyes de cuota que obliguen a incluir a personas de otras razas en la publicidad, lo que se

Nacionalsocialismo, y sólo secundariamente en las recientes distorsiones ideológicas que se ha hecho de dicha ideología.

hace es usar simplemente el enganche que más venda, y de paso, dejar al descubierto la identificación racial de la sociedad chilena.



¿Ley de cuotas? Las pelotas.



“Compra, indio de mierda”.



No tendrá edad, pero al parecer sí tiene raza.

Como en todo país sujeto a los avatares de la globalización, esta tendencia cultural pro-europea está comenzando lentamente a cambiar, principalmente por la intención

política de complacer a un electorado cada vez más multirracial, pero su arraigo en las personas no-blancas aún sigue sólido y generando los mismos efectos sociales.

c. Efecto paneuropeo

Otro interesante efecto racial del clasismo fue su carácter paneuropeo. Conforme pasaron las primeras décadas de vida política independiente, a Chile comenzaron a arribar poblaciones provenientes de distintos lugares de Europa. La clase alta criolla, descendiente principalmente de castellanos, vascos, y otras etnias nativas de la Península Ibérica, fue testigo de la llegada de inmigrantes de origen diverso, pero que provenían del mismo tronco racial europeo que ellos (en un comienzo, ingleses y franceses, atraídos al puerto de Valparaíso por razones comerciales). A diferencia de lo ocurrido en países como Estados Unidos, donde los descendientes de los primeros colonos británicos desplegaron xenofobia, violencia y humillaciones contra inmigrantes blancos de origen étnico diverso (principalmente contra irlandeses, pero también polacos, italianos y griegos), Chile fue un país donde los eurodescendientes convivieron entre sí sin tener mayores conflictos, ni continuaron las pugnas inter-étnicas nacidas del Viejo Continente.

Pero todo esto no fue accidental.

Desde la perspectiva materialista y racionalista de la clase alta criolla, el progreso científico, industrial, y tecnológico que experimentaba Europa, conforme avanzaba el siglo XIX, eran signos de superioridad, éxito, y el camino necesario para alcanzar la felicidad terrenal. Los gobiernos criollos comprendieron que para tener resultados económicos y sociales equivalentes a los de Europa, no bastaba con imitar sus constituciones políticas ni replicar sus ideologías, sino que también era necesario contar con el tipo humano que allá las ponía en práctica. Sin que esto rompiera su identificación clasista ni con la nacionalidad chilena – los dos distractores de su Identidad real –, las decisiones políticas en materia de inmigración¹³ demostrarían que los criollos sabían que para alcanzar sus objetivos ilustrados, no era suficiente “la razón”, sino que era necesario también el cuerpo que la albergaba: la raza.

Así es como el 10 de Abril de 1824 se crea la primera ley de inmigración orientada a regular el asentamiento de extranjeros – la primera de numerosas que se continuarían produciendo más de 100 años después –, a los que se les ofrecía terrenos, exenciones de impuestos, y liberación de las cargas militares, entre otros privilegios. En 1845, otra ley vino a fortalecer esta tendencia, pero esta vez estableciendo como objetivo específico la llegada de

¹³ Para un análisis mayor sobre las políticas y legislaciones sobre inmigración en Chile, véase Lara Escalona, María Daniela: *Evolución de la legislación migratoria en Chile claves para una lectura (1824-2013)*, disponible en www.scielo.org.

inmigrantes. A partir de entonces, una importante política de Estado sería promover la llegada de europeos para establecerlos en territorios chilenos que no estaban siendo debidamente aprovechados. Para este objetivo no se empleó a indígenas, mestizos, ni a criollos, se quería gentes provenientes de Europa, y más específicamente de la zona central y norte de dicho continente.

Como consecuencia de dicha legislación, se comisionó a Bernardo Philippi, y luego a Vicente Pérez Rosales, para traer colonos desde Alemania; por su parte, a Eugenio Macnamara se le encargó atraer familias irlandesas, sin perjuicio de que no siempre los flujos migratorios fueran los que las autoridades esperaban.

En 1864 el gobierno encargó a una comisión la elaboración de nuevas fórmulas para promover la inmigración europea. En este contexto, el diputado Benjamín Vicuña Mackenna, de fuertes convicciones liberales, redacta “Bases del Informe presentado al Supremo Gobierno sobre la Inmigración Extranjera por la Comisión Especial nombrada con este objeto”, donde se ofrecía un ranking de los mejores colonos en los procesos de inmigración hasta la fecha, y dónde se evaluaba capacidad, carácter y resultados tras su asentamiento en Chile. Dicho ranking estaba encabezado por los alemanes, a los que se refiere en los siguientes términos (el destacado es nuestro):

“por su carácter, sus hábitos, su propensión natural a la sociabilidad y a la asimilación de las razas, **era la más adecuada para entremezclarse con la nuestra y contribuir a su regeneración por este medio** y por los ejemplos saludables de la vida práctica”¹⁴.

Si el diputado Mackenna en un documento oficial del Estado felicitaba a los alemanes por su propensión a la asimilación de las razas¹⁵, y de paso afirmaba la necesidad de regenerar a los chilenos, partía entonces de la base de que “algo” en los chilenos se encontraba dañado o degenerado. Difícilmente Mackenna habría expuesto tales ideas de haber sido el único en afirmarlas entre la clase alta criolla, por lo que podemos suponer que en sus círculos era compartida la idea de que el pueblo chileno – el pueblo mestizo de Chile – tenía una calidad racial inferior, y que una de las maneras para ayudarlo a corregirse era promover la inmigración de europeos que renovaran su aporte racial europeo, y en lo posible, terminaran por desplazarlo; una estrategia parecida a la que los gobiernos de Europa hoy en día siguen con la inmigración no-blanca de reemplazo. Si bien es más que cuestionable la idea de corregir el mestizaje

¹⁴ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Bases del informe presentado al Supremo Gobierno sobre la Inmigración extranjera por la Comisión Especial nombrada con ese objeto y redactada por el secretario de ella*, Santiago, Imprenta Nacional, 1865, p. 94.

¹⁵ Los criollos aplaudían la idea de que alemanes regeneraran a los mestizos mezclándose con ellos, pero ni siquiera los mismos criollos deseaban reproducirse fuera de su exclusiva clase y raza.

mediante más mezcla racial, puede claramente advertirse la intención detrás de estas declaraciones que, lejos de representar una visión aislada, eran descriptivas de toda una política de Estado que se siguió en Chile recién alcanzada la Independencia, y fuertemente a lo largo de todo el Siglo XIX.

Estos nuevos inmigrantes europeos, a pesar de que la mayoría no contaba con una destacada formación académica, recursos económicos, ni mucho menos influencia política o social, fueron bienvenidos por la clase alta criolla, que los asimiló rápidamente como parte de su exclusivo grupo. Esta tendencia permitió la importación de nuevos apellidos y culturas, pero lo más importante, una renovación de los flujos raciales europeos en Chile, que de haber dependido estrictamente de la natalidad y endogamia de los primeros hispano-criollos, no habrían logrado sobrevivir hasta nuestros días. Las etnias ibéricas dieron al criollo su Ser, pero fueron otras etnias europeas las que le permitieron continuar siendo.

En otras palabras, el criterio que utilizó la clase alta criolla para tratar a los nuevos inmigrantes europeos no fue clasista (pues al haber sido en su mayoría pobres, los habría marginado al igual que al resto de la población), sino que racial. Esta cálida acogida a los inmigrantes europeos contrastaba trágicamente con el trato que se le daba a las poblaciones mestizas e indígenas, que aún tras haber vivido siglos en el mismo suelo y trabajado de manera esforzada

por numerosas generaciones, jamás podrían aspirar a recibir los beneficios que se otorgaban a los nuevos inmigrantes europeos, ni ascender socialmente para ser considerados como pares por la clase alta criolla. De este modo, los burgueses criollos, en nombre de sus intereses de clase, tenían sus puertas abiertas y cerradas: abiertas para los inmigrantes europeos, y cerradas para el resto de la población local.

6.

PARADOJAS DEL ANTI-CLASISMO EN CHILE

Desde la perspectiva de los movimientos nacionales europeos de primera mitad del Siglo XX – entre los que podemos contar principalmente al Fascismo y al Nacionalsocialismo – el clasismo fue considerado como un fenómeno negativo, que motivaba el desarrollo de egoísmo clasista, segregación, y que conducía al desangramiento y debilitamiento de los pueblos de Europa. La propuesta para corregir el clasismo fue el socialismo no-marxista, que tendía a la creación de condiciones que incentivaran la reciprocidad y convergencia de intereses sociales, bajo la premisa de situar el bien común por sobre el particular.

El éxito político de dichos movimientos se hizo sentir en Chile y el resto de las Américas, por lo que rápidamente aparecieron adherentes a dichas ideas, y proyectos locales inspirados en aquellos. El optimismo generado por sus buenos resultados en Europa, condujo a que se replicaran postulados sin reflexionar mayormente sobre la relación de coherencia necesaria entre las ideas y la realidad local de Chile; esto fue lo que ocurrió, además de con otras ideas, respecto de la tendencia anti-clasista y socialista no-marxista.

El clasismo es un fenómeno social *arracial*, esto significa que en sí mismo, el clasismo no encierra el germen de la preservación ni de la destrucción de las razas, sino que variará en sus consecuencias dependiendo del contexto. En naciones europeas – y me atrevería a decir que en cualquier Nación verdadera –, la causa anti-clasista y el socialismo no-marxista son efectivamente necesarios para conseguir la superación de las luchas internas, y la unidad entre pares nacionales. En cambio, en Chile, el clasismo no divide a una misma Nación, sino que mantiene separados a tipos humanos de Identidades diferentes, cada uno con su propio potencial nacional; por otro lado, un proyecto socialista no-marxista jamás podría tener éxito, pues ¿cómo plantear un bien común por sobre el particular a grupos que no se reconocen parte de una misma comunidad? Por esa razón los diversos proyectos socialistas (marxistas o no) han fracasado, pues no puede existir solidaridad recíproca entre clases cuando éstas representan a grupos raciales diferentes.

Si aceptamos que las etnias o Naciones verdaderas son Identidades biológicas, psíquicas y culturales, colectivas y autoconscientes, podemos concluir que los nacionalistas chilenos, con su rechazo a la división de clases y su propuesta socialista aplicable a todas las poblaciones que habitan en Chile, no proponen realmente un proyecto nacional, sino que uno internacionalista, lo que los sitúa bastante más cerca de sus declarados enemigos de izquierda y derecha, que de sus referentes nacionalistas europeos.

Aparentemente, todo lo anteriormente dicho respecto a los efectos del clasismo en los criollos, nos llevaría a concluir una situación bastante favorable para sus intereses raciales. En efecto, el clasismo:

1. Segrega racialmente a los criollos del resto de la población y perpetúa su hegemonía dentro de una misma clase.
2. Permite la imposición de sus códigos culturales propios.
3. Permite la unión racial paneuropea de inmigrantes blancos al interior de la misma clase.

A simple vista, no haría falta ningún proyecto político, cultural o social que reivindique los intereses raciales criollos, toda vez que la posición social en que hasta el día de hoy estos se han encontrado, difícilmente podría ser mejor.

7.

EFFECTOS NEGATIVOS DEL CLASISMO EN LOS CRIOLLOS



Arriba, marcha “Siempre por la vida”, en oposición a la despenalización del aborto en Chile. Ejemplo de cómo los criollos burgueses, que después de su intereses de clase, aparecen más comprometidos con sus valores católicos y Opus dei que con su propia raza, apoyando la reproducción irresponsable de masas humanas que casi los triplican en número. Total ignorancia de cómo la eugenesia y disgenesia pueden ser las más efectivas armas biológicas, y de cómo el aborto legal podría diezmar saludablemente a una sociedad enferma.

a. Barrera a la autoconsciencia étnica

El clasismo permitió la preservación racial, pero no la etnogénesis criolla; es más, el clasismo desde un comienzo se ha opuesto a que se dé el siguiente paso avanzando desde lo primero hacia lo segundo. Mientras estos criollos se afirman como clase, se ignoran como Identidad, y por tanto, sus lealtades y acciones altruistas se basan en intereses clasistas que sólo accidentalmente son raciales. El clasismo contribuyó a la preservación de un envase racial europeo desprovisto de contenido, carente de valoración y defensa de sus raíces, pero comprometido con la perpetuación de su posición social y grado de influencia. Por lo dicho, para toda persona que estime indispensable la generación de una etnia europea en las Américas, el clasismo será entendido como un **distractor identitario** y una sólida barrera a superar.

Pero incluso para aquellos que se conforman únicamente con la preservación racial blanca – una suerte de criadero de ganado genético que se ignora a sí mismo, verdaderos sacos de genes, como ha permitido el status quo –, el clasismo, según se verá, debiese ser una solución insuficiente, y más aparente que real.

b. Aburguesamiento

La clase alta, al vivir segregada del resto de la población y encontrarse fuertemente protegida por su blindaje de

recursos e influencias, durante tiempos de paz social ha desarrollado trabajos que demandan liderazgo, técnica, y destreza intelectual, incluso despreciando ciertas profesiones que ellos relacionan con “clases inferiores”. Subordinación jerárquica, abusos laborales, frustraciones económicas, convivencia en entornos marginales, y la exposición cotidiana a las más evidentes desigualdades sociales, son totalmente desconocidas para el burgués criollo. En tiempos de desorden social, no experimentan realmente el impacto de la crisis, no perciben el descontento social, ni sufren en sí mismos los malos resultados de las decisiones políticas, legislativas, económicas y militares tomadas por miembros de su misma clase; de hecho, la mayoría de las veces estos malos resultados deben ser soportados exclusivamente por las demás clases sociales. Todo lo dicho ha conducido inevitablemente a un proceso de aburguesamiento que, sumado a las ideas liberales fuertemente asentadas en los criollos, generan un ser humano absolutamente conforme con su situación económica; un tipo humano reacio a participar en iniciativas colectivas que pongan en riesgo los propios privilegios sociales, y que por tanto, se halla contaminado con una cobardía materialista congénita. Al estar plenamente satisfechos y carecer de voluntad y compromiso para alcanzar intereses no-económicos, se encuentran desprovistos de toda motivación para dirigirse a objetivos trascendentes: no conocen la necesidad de luchar. Y es que cuando perdieron su voluntad para luchar, ganaron la de mantener el orden establecido.

El clasismo, por tanto, permitió conservar la dimensión biológica de la raza, pero sometió a los criollos a una penosa domesticación que los ha privado de experimentar la realidad como realmente es, desconectándolos de las adversidades que marcan el carácter de los pueblos y su idiosincrasia nacional. Salvo que usted sea materialista biológico, comprenderá que es bastante pobre el favor que el clasismo ha hecho a la raza blanca. Es cierto, la preservó, pero enferma, similar a la siniestra estrategia de las grandes cadenas farmacéuticas que en lugar de sanar al paciente, prefieren alargar artificialmente la vida del “consumidor”, sin curar la enfermedad, y obligándolo a depender infinitamente de medicamentos.

c. Desprestigio

Casos como los de España, Estados Unidos o Alemania son destacados por demostrar cómo se ha institucionalizado la culpa histórica de los blancos por hechos del pasado. En Chile, en cambio, ya sea porque la asunción ilustrada de que “todos somos mestizos” contradice la idea de que puedan existir blancos para culpar, o sea porque se prefiera responsabilizar a “los españoles” (a otros, extranjeros), o “al Estado” (a todos, una abstracción) por el sufrimiento de los pueblos indígenas, los criollos no han sido obligados a asumir ninguna responsabilidad histórica en base a su origen racial europeo. Al quedar libres de tal culpa, los criollos no han padecido el desprestigio del racismo ni la constante sospecha de que pueda estarse siquiera pensando

en sentido racista, como le ha tocado a sus hermanos de españoles, estadounidenses y alemanes, entre otros.

Pero que los criollos estén libres de campañas de difamación contra su grupo racial no significa que estén exentos de desprestigio en cuanto a clase social. Los criollos no sólo conformaron una clase cerrada que se segregó del resto de la población. Esta segregación condujo a una falta de solidaridad para con las personas externas a su clase social, y con ello, a centrarse exclusivamente en sus intereses específicos: algo no necesariamente reprochable. Pero la situación se vuelve totalmente diferente cuando junto con lo anterior, este grupo segregado gana tal grado de poder e influencia sobre los demás, que es capaz de ejercerlo de espaldas a lo que la mayoría de la población requiere para subsistir, tendiendo a favorecer a sus pares (directamente de clase, indirectamente de raza) en desmedro del resto. Y es que clase alta criolla hizo desestabilizar al Estado y a la sociedad chilena cada vez que alguna maniobra social interna o extranjera ponía en riesgo sus intereses.

De igual modo, esta clase se fue convirtiendo en el hijo mimado del capitalismo internacional, que a cambio de una parte en las utilidades y el mantenimiento de sus posiciones de poder, configuró el ordenamiento político y jurídico interno para que el saqueo de agentes extranjeros no fuera interrumpido. **De facto, y a veces de forma declarada, los criollos se convirtieron en guardianes del *status quo*, lo**

que equivale a decir que se volvieron preservadores de la segregación clasista, y de una desigualdad económica fuente de numerosos conflictos.



Arriba, ejemplo de criollo comprometido con sus intereses de clase y funcional a los designios de agentes económicos internacionales. Difícilmente ha ocurrido en Chile otro episodio que revele de mejor manera el conflicto clasista vigente que la Dictadura Militar de Augusto Pinochet, régimen en que numerosos y valiosos criollos fueron torturados y eliminados por orden de sus pares raciales, por el sólo hecho de estar en el “otro bando” del conflicto.

El trato que los peninsulares dieron a los mapuches fue variando conforme se avanzaba desde la etapa de Conquista al de Colonia, y junto con permitírseles habitar sus tierras ancestrales, hubo un fuerte movimiento por parte de autoridades eclesiásticas y seculares por brindarles respeto y mejorar sus condiciones, algo no bien visto por los criollos, que en general rechazaban ser puestos en pie de igualdad con quienes eran sus esclavos y sirvientes; después de todo, a los ojos de las autoridades peninsulares los indígenas eran tanto hijos de Dios como súbditos de la corona, con todos sus deberes y derechos. Pero los criollos no tuvieron la misma actitud que sus ancestros, y tras asumir la dirección política y comenzar a interesarse por los territorios indígenas situados al sur del Río Bio bío, rápidamente demostraron que el discurso filo-mapuche enarbolado durante la Independencia sólo había sido poesía provocadora, propaganda creada para desafiar la hegemonía española. Finalizado el período de gobiernos portalianos e iniciado el de los liberales, en 1861 comienza la llamada “Pacificación de la Araucanía”, un proceso que no significará otra cosa que el exterminio, aculturización, y asimilación de los indígenas hasta entonces habían sobrevivido a la híbrida amalgama de la sociedad chilena. La cifra de bajas indígenas no se conoce con exactitud, habiendo estimaciones de 10 mil, 30 mil, y hasta 70 mil mapuches muertos.

Pero no sólo las etnias indígenas fueron desangradas por orden criolla, pues también las mayoritariamente mestizas

clases bajas sufrieron un destino parecido. Cuando éstas comprendieron que no podían confiar en la clase dirigente para que les ayudara a superar sus precarias condiciones sociales, procedieron a organizarse, manifestarse y presionar por cambios¹⁶. La enciclopedia virtual Wikipedia registra entre 1891 y 1973 por lo menos 14 represiones sangrientas realizadas por instituciones del Estado, destacándose por su brutalidad la masacre del “mitin de la carne” (año 1905; entre 200 y 250 muertos), la masacre de Marusia (año 1925; 500 muertos), la matanza de la Coruña (año 1925; 2000 muertos), y la matanza de la escuela Santa María de Iquique (año 1907; entre 2200 y 3600 muertos).

Los historiadores han ahondado bastante en las motivaciones de los artífices de la “Pacificación de la Araucanía”, y de las referidas masacres ocurridas en el marco de “la cuestión social”. Por lo general, las miradas se concentran en el interés por explotar nuevos nichos económicos y preservar un status quo privilegiado. Pero si miramos un poco más allá de lo tabúes que nos transmite la historia oficial, resulta inevitable prestar atención al tipo humano que hubo detrás de cada uno de los grupos sociales involucrados en los conflictos; estos conflictos de motivaciones económicas y clasistas coincidieron, en los hechos, con pugnas raciales, con las salvedades de que (1)

¹⁶ Aparecen los primeros proyectos ideológicos marxistas, anarquistas y nacionalistas para amparar los intereses comunes de las clases bajas, y dotarlas de la unión organizada que la burguesía criolla ya poseía desde hace mucho, a partir de sus disputas con los españoles peninsulares.

hubo una enorme desproporción entre los medios e intenciones de uno y otro bando – pudiendo hablar incluso de una tendencia genocida por parte de los dirigentes criollos –, y además, (2) los criollos no atacaron directamente, sino que la mayor parte del tiempo se sirvieron de mestizos culturalmente colonizados para hacer el trabajo sucio; este último proceder criollo puede ser visto como una suerte de continuación de la vieja costumbre de sus antepasados conquistadores de servirse de indios yanaconas para los enfrentamientos contra otros indígenas.

Con estos datos, uno podría aventurarse a especular cuál habría sido el destino racial de Chile si la conquista no hubiese sido llevada a cabo por españoles peninsulares, sino que exclusivamente por criollos. Jamás lo sabremos, pero el comportamiento que unos y otros han demostrado en la historia de Chile nos da luces sobre algunos bastante probables escenarios.

La absolutamente nula empatía de los criollos por los mestizos e indígenas se dejó ver mediante estos sangrientos hechos. Pero aunque suene incómodo, la verdad es que los criollos tampoco tenían el deber moral de ser empáticos con ellos¹⁷, otra cosa diferente es el grado de intromisión y sabotaje que aquellos insistían en tener en los asuntos de extranjeros raciales, en nombre de sus intereses de clase.

¹⁷ Ver el artículo *Nationalism is Natural!*, de Allan C. Park, con comentario adicional por el Doctor David Duke. Publicado en <http://davidduke.com/nationalism-is-natural/>

La distancia racial, el poder político, la ambición económica y la indolencia social permitieron que la clase dominante mostrara no sólo la parte de su ser por la que es más conocida, sino que aquella que constituye su cara más oscura y fuente de su actual desprestigio: **la crueldad criolla.**



A la izquierda, Cornelio Saavedra Rodríguez, elaborador del plan de “Pacificación de la Araucanía”; a la derecha, Gregorio Urrutia Venegas, brazo ejecutor en el plan.

d. Dependencia clasista

La segregación racial puede operar de *iure* o de facto. La segregación racial de *iure* opera cuando existen leyes,

instituciones, y políticas de Estado que buscan separar las razas que habitan dentro de un mismo territorio, estableciendo servicios y entornos diferenciados. En estos casos la segregación racial es explícita, y es conocida por la totalidad de la población a la que se aplica. Al existir un ordenamiento jurídico legitimándolo, sus márgenes están previamente establecidos, indicando los casos a que se extiende, los procedimientos aplicables, y la sanción correspondiente a cada transgresión. Las leyes Jim Crow en Estados Unidos (1876-1965), las leyes de Nuremberg en Alemania (1935), y las leyes del Apartheid en Sudáfrica (1949-1986), son ejemplos de segregación racial de *iure*.

En cambio, **la segregación racial de facto** es aquella que ocurre de manera espontánea, sin legislación, institucionalidad, ni políticas de Estado que directamente la promuevan. Se trata de un fenómeno implícito, que generalmente ocurre por consecuencia de motivaciones segregadoras distintas a las de carácter racial, y que es tácitamente aceptada por la sociedad. Esto es lo que ocurre en Chile, donde la separación racial es consecuencia de la segregación clasista a que ya se ha hecho alusión en reiteradas ocasiones.

Si en Chile un día el Estado declarase que habrá instituciones, entornos, y servicios separados para blancos y no-blancos, lo más probable es que se generaría automáticamente un movimiento social de rechazo a dicha determinación. Pero en Chile pareciera producirse una

cómoda convivencia con el hecho de que exista esa misma segregación pero de ricos y pobres, separando vecindarios, servicios de salud, colegios, universidades, profesiones, centros de veraneo, bancos, restaurantes, etc. Todos aceptan – porque “siempre ha sido así” – que haya cosas y lugares sólo para ricos, y otras que sean sólo para pobres. Clasismo puro y duro.

















Esta segregación racista de facto con motivaciones clasistas, al carecer de toda regulación y procedimientos, permite que la separación sea tan extrema y salvaje como la desigualdad económica lo permita. En ese sentido, es más extremo que el racismo de *iure*, que al provenir del Estado y ser públicamente conocido, permite a las personas anticiparse a sus posibles aplicaciones. El racismo de facto no es así, porque ocurre a espaldas de la institucionalidad, incluso niega su existencia, pero en la práctica opera de forma efectiva y sin ninguna limitación.

Una separación racial clasistamente motivada, no obstante poder alcanzar extremos de desigualdad y brutalidad mayores que una segregación de *iure*, carece de la **estabilidad** de esta última. El separatismo racial clasista depende en gran medida de los sucesos económicos que impactan tanto dentro como fuera de la propia clase social. El empobrecimiento de la clase alta criolla, o el enriquecimiento de las demás clases, conducirá inevitablemente a que reviente esta burbuja de aislamiento social, y fuerce a una mayor convivencia e interacción entre

criollos y no criollos. La barrera clasista falla en su efecto racial con la incorporación de familias no-criollas de alto poder económico y político, entre las que destacan las de etnia judía: un grupo humano diferente, con su propia autoconsciencia étnica, y que por estar dotados de un fortísimo y milenario compromiso con su Identidad logra imponerse fácilmente entre los criollos étnicamente inconscientes.

Las transformaciones socio-económicas tienen mayores posibilidades de ocurrir abruptamente en un país como Chile por dos principales razones. **En primer lugar**, debido a que los niveles de desigualdad en Chile han alimentado un cada vez mayor deseo por igualdad social, proponiendo transformaciones al sistema económico y político que ha asegurado el aislamiento y privilegio de los criollos; y es que la segregación clasista extrema que se ha alcanzado en Chile lleva en sí el germen de la revuelta social, del conflicto, de la indignación ante el agresivo contraste entre las realidades de estos “dos Chiles” diferentes. **Y en segundo lugar**, en un país como Chile, carente de verdadera soberanía, las decisiones económicas se encuentran completamente condicionadas a las presiones internacionales de potencias y organizaciones. Si el día de mañana a alguna potencia se le antojase poseer los recursos económicos de Chile, procedería a obtenerlos por las buenas – con las clásicas negociaciones donde saquean al país más débil a cambio de poco – o por las malas – creando artificialmente alguna crisis interna (tarea fácil en un país de

alto descontento social) que justifique la ocupación militar por potencias extranjeras, y que permita apoderarse de todo a cambio de nada.

			
Mirta Mónica Alonso	Ricardo Lagos Salinas	Carmen Bueno Cifuentes	Jorge Clavería Inostroza
			
Ofelio Lazo Lazo	Rosa Morales Morales	José Vidal Molina	Michelle Peña Herrero
			
María Cristina López	Rodrigo Medina Hernández	Juan Cortés Alruiz	Bernabé Cabrera Neira
			
Marta Neira Muñoz	William Millar Sanhueza	Juan Villarroel Zárate	Julio Fernández Fernández

Arriba, imágenes de Detenidos Desaparecidos durante la Dictadura de Pinochet. Un conjunto de fotos no exhaustivo y meramente ilustrativo de algunos de los criollos asesinados, muchos de los cuales carecen de registro fotográfico idóneo

para reconocerlos o derechamente no existe ninguno. Mientras que desde la perspectiva derechista, clasista y militar se trataba de salvar a la patria asesinando a “rojos” o “terroristas”, desde una perspectiva identitaria pro-criolla significó lacerar a la raza por miserables razones ideológicas, muchas veces a manos de extranjeros raciales, indo-mestizos culturalmente colonizados, que tuvieron la “astucia” de obedecer al Sistema imperante.

Por todo lo dicho, una segregación racial dependiente de la separación clasista es igual de frágil y fluctuante que los movimientos económicos y financieros. Hasta el momento ha sido efectiva porque los agentes económicos internacionales y la desigualdad social lo han permitido, pero esto no durará por siempre, ni es deseable que así sea. Resulta paradójico que la segregación racial de la clase alta dependa de la aplicación exitosa de una economía liberal, siendo el Liberalismo la principal razón por la que los criollos no han alcanzado la autoconsciencia que les permitiría ser una verdadera etnia.

Debido a que la clase social y el clasismo impiden que los criollos se reconozcan ante todo como tales, y debido también a que estos dos fenómenos no durarán por mucho más como separadores raciales al interior de la sociedad, se vuelve urgente el despertar de la autoconsciencia étnica criolla. El grueso de los criollos se encuentra en la clase alta en un estado de completa conformidad, no sienten la necesidad de luchar ni organizarse, y están mentalmente

condicionados por los principios y valores del Liberalismo y la Modernidad.

Si los componentes de la estructura mental que condiciona a los criollos son de naturaleza cultural, y en última instancia moral, entonces **sólo una ofensiva igualmente cultural-moral logrará contradecir y sustituir los elementos que la integran**. El contenido de este discurso debe hacerse cargo de la realidad de estos criollos, por lo que no es posible reciclar la vieja retórica nacionalista europea de principios del siglo pasado, caracterizada por sus ataques al Marxismo y apelaciones al proletariado campesino y trabajador. Esto es así en primer lugar, porque los criollos de Chile no han sido contaminados por el Marxismo, sino que por el Liberalismo; y en segundo lugar, porque los criollos nunca han pertenecido al sector popular de campesinos y trabajadores, sino que a la aristocracia, burguesía, y en general, al círculo más influyente y elitista de la sociedad chilena. De nada servirá un mensaje perfecto si el código utilizado para transmitirlo es incomprensible para su destinatario.

Podemos tener la certeza de que el día que este Sistema cambie, la bonanza económica y social se acabe, y los lazos de influencia ya no sean efectivos, los criollos de clase alta no reflexionarán sobre la necesidad de un cambio de actitud que los haga valorar su Identidad por sobre su clase, sino que simplemente tomarán el primer avión en dirección a algún país donde puedan continuar con su forma de vida

repleta de elementos pero vacía de significado. La próxima crisis económica sólo será aliada de la supervivencia criolla si se está preparado ética y culturalmente para su llegada, y si es que se cuenta con los medios para utilizar correctamente las oportunidades que el desastre ofrecerá.

Pero si el tiempo se está acabando, y mientras tanto los criollos yacen en su trance clasista ¿cómo lograr el despertar de la autoconsciencia étnica? ¿Cómo hacerlo si esta población se encuentra secuestrada por una Modernidad que compró su espíritu europeo a cambio de poder y riqueza? ¿Dónde estará el catalizador que desatará el incendio de la Identidad?

8.

LOS OTROS CRIOLLOS

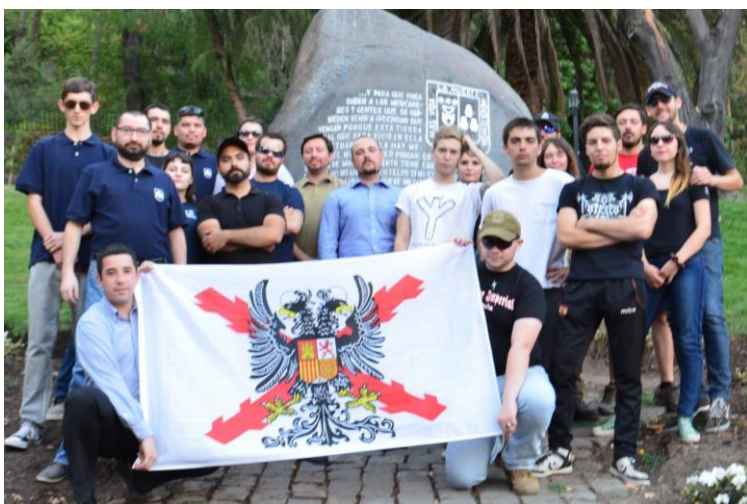
Si bien la estratificación clasista de Chile incorporó al grueso de los criollos en la clase alta, no todos fueron comprendidos en ella.

Hubo otros criollos que quedaron fuera, ubicados principalmente dentro de la clase media, un grupo social mucho más heterogéneo que la clase alta, y que por tanto, no permite que en su interior la identificación clasista coincida con márgenes raciales. Dentro de este grupo, los criollos son muchísimo más escasos, y se encuentran mucho más dispersos en vecindarios, comunas y regiones, que los criollos de clase alta. Por lo mismo, son difíciles de encontrar.

Así como en la clase alta se produjo un efecto preservador en lo racial y contaminante en lo ético-ideológico, en los criollos de clase media se aprecia el fenómeno contrario. Junto con encontrarse aislados de sus pares, la larga convivencia que estos criollos han experimentado con mestizos e indígenas – y últimamente con inmigrantes no-blancos provenientes de otros países –, ha contribuido a la generación de lazos de amistad con extranjeros raciales que normalmente desembocan en uniones y mezcla interracial.

Esto hace que la clase media sea un sector social cuna del mestizaje más intenso e ininterrumpido.

Debido a los códigos culturales europeos predominantes que distinguen lo deseable de aquello que no lo es, especialmente en cuanto criterios de valoración estética, estos criollos resultan altamente atractivos para los aculturizados extranjeros raciales con que conviven; lo anterior, sumado a su escasez, dispersión, e ignorancia de su existencia racial, conduce a una situación donde la existencia de un criollo al interior de este grupo social se vuelva casi un hecho milagroso.



La autoconsciencia étnica retoma su rumbo.

Por otro lado, al hallarse en la clase media – verdadero amortiguador social que recibe todo el impacto de las crisis y sucesos político-económicos, internos e internacionales – y encontrarse desprovistos del blindaje económico-social con que cuenta la clase alta, estos criollos experimentan en directo las malas decisiones de sus gobernantes, legisladores, y las precarias condiciones de vida a que son sometidos, forzándolos a organizarse, manifestarse, y luchar por sus intereses. Se trata de criollos mucho más proclives a tomar parte de iniciativas sociales y políticas orientadas a la transformación de la realidad, y a diferencia de sus pares burgueses, son agentes de cambio, y no de conservación del *status quo*.

El Liberalismo los ha contaminado, pero no con la intensidad que a sus pares de clase alta. Por eso estos criollos se permiten ser escépticos del Sistema, pues éste les ha fallado desde siempre. Nada les ha dado, por lo que sienten que nada le deben. No les interesa perpetuarlo, es más, desean transformarlo o incluso destruirlo, pero no que se mantenga. Lamentablemente, al igual que el resto de los criollos, éstos carecen de autoconsciencia étnica, y todo el potencial activista y revolucionario de que están dotados se desvía hacia movimientos izquierdistas, derechistas, nacionalistas, anarquistas, etc., pero que no representan sus propios intereses raciales, llegando incluso a solidarizar e identificarse con las Identidades de otros pueblos distintos (mestizos, mapuches, judíos, palestinos, etc.).

Esto último ha llevado a que muchos criollos de gran talento, voluntad, e iniciativa, al ignorar su Identidad y sumarse a luchas ajenas (incluso contrarias a ella), terminen sufriendo junto a mestizos e indígenas el brutal castigo de los criollos de clase alta. Y es que si bien se advierte entre estos últimos una tendencia a reprimir y asesinar principalmente a extranjeros raciales, entre las víctimas numerosos criollos han sufrido el injusto y duro trato de sus hermanos; hermanos que hasta el día de hoy no los reconocen como pares, ya sea por el efecto alienante del clasismo, o por meras diferencias político-ideológicas. Cuando esto ha ocurrido, no se ha tratado de simples bajas dentro de un conflicto, sino que de la eliminación de los elementos más valiosos del pueblo criollo, aquellos con un potencial revolucionario mal canalizado hacia otras causas, pero susceptible de dirigirse a despertar a los inconscientes criollos burgueses.



El Movimiento Nacional Socialista de Chile no fue un proyecto criollo ni racista, sino que seguía una línea nacionalista clásica, i.e., la aceptación de la idea de “una nación” chilena basada en las ideas raciales mesticistas de Nicolás Palacios. No obstante, numerosos criollos fueron atraídos a sus filas, como queda demostrado en estas imágenes de algunos caídos en el episodio conocido como la “Masacre del Seguro Obrero” (1938). El único error que estos valiosos criollos cometieron fue el de poner en riesgo el status quo del que sólo gozaba la clase alta en esos tiempos, y aunque la sangre los hermanaba con ellos, los intereses económicos, hegemónicos, y el predominio de los vínculos clasistas fueron más fuertes, decidiendo así la muerte de todos ellos.

Otro indicador del carácter especial de estos criollos se aprecia al constatar que, hasta la fecha, el grueso de aquellos que participan activamente en iniciativas de

reivindicación racial y/o identitaria proviene de la clase media de la sociedad chilena. Es entre éstos que hoy comienza a surgir una nueva consciencia racial, de mayor explicitud, y sin el disfraz clasista de los criollos burgueses.

El criollo de clase media que ha despertado a su Identidad, encontrando su conexión con lo trascendente en la sangre heredada por sus ancestros, adopta la clásica actitud agresiva y racista de los colonos de la frontera, destinados a estar en permanente contacto con extranjeros raciales hostiles. Y es que efectivamente, este específico tipo de criollos se encuentra trágicamente aislado, generalmente frustrado por convivir, estudiar y trabajar entre personas que no siente propias, debiendo además soportar la inmovilidad social que desde la clase alta le han impuesto para fin de sellar la perpetuación de sus privilegios.

Así como las primeras pequeñas comunidades de raza blanca aparecieron en un contexto altamente hostil, enfrentadas a la mega fauna paleolítica en pleno infierno glaciario, el despertar criollo ha comenzado en un sector socialmente desfavorable, donde éstos se encuentran en mayor desventaja numérica, conviviendo con oleadas de nuevos inmigrantes no-blancos, y con menos recursos disponibles.

En estos criollos, sobrevivientes a una destrucción racial de 500 años, y a la degeneración espiritual liberal de los últimos 200, convergen las condiciones que los presentan

como los más idóneos para emprender por primera vez la misión de despertar a los millones de criollos que actualmente se encuentran en coma identitario al interior de una jaula clasista. Estos criollos son la gema de su pueblo, pues sólo de ellos depende el surgimiento de la autoconsciencia étnica y que se retome el proceso de etnogénesis que el mestizaje y el Liberalismo han saboteado por siglos.

Al igual que los bárbaros germanos, que irrumpieron en el corazón de un decadente Imperio Romano que había pasado a ser sólo la sombra de lo que alguna vez fue, estos criollos están llamados a asaltar esta República, levantada por criollos, pero que ya no es garantía de continuidad para su pueblo; esta vez el saqueo será diferente, pues ya no se trata de apoderarse de bienes materiales, sino que de recuperar la más valiosa riqueza de un pueblo: su gente, hoy prisionera de un Sistema que crearon, defendieron, y los terminó envenenando.

9.

LA GRAN VICTORIA DE LOS CRIOLLOS. REFLEXIONES FINALES

La comprensión de lo criollo trasciende lo meramente biológico. Si “criollo” fuera solamente un eufemismo para decir “blanco”, siendo en realidad una misma población genérica e intercambiable por cualquiera otra de la misma raza, no habría propiamente Identidad.

La esencia criolla existe desde la primera generación de eurodescendientes hijos de conquistadores; no hay que inventarla, sino que atreverse a descubrirla. Y digo atreverse, porque adentrarse en las profundidades de una Identidad significa mirar de frente los aspectos positivos y negativos de ésta, en nosotros y en el resto, reconociendo como pares a personas que por razones secundarias podrían no ser de nuestro mayor agrado.

El criollismo como corriente de pensamiento y estudios étnicos está casi desprovista de autores, por lo que debemos aceptar que no encontraremos nutridos manuales que introduzcan y profundicen el tema, como sí ocurre con los pueblos indígenas de América. Pero si nuestros ancestros fueron aventureros y pioneros en lo suyo, nosotros también

podemos desafiar lo existente, ir más allá, y encontrar por nuestros propios medios lo que es propiamente criollo.

La cuestión racial es importantísima, pero es sin duda la más fácil de identificar. Se analiza, se razona, y se concluye un resultado. Es sencillo. ¿Pero qué hay de las conductas criollas? ¿Qué hay de las virtudes y defectos criollos? Analizando el arte, las decisiones políticas, y el comportamiento social, entre otros, podemos aproximarnos a lo que constituye el *ser criollo*. Incluso, ni siquiera hace falta profundos estudios sociológicos o historiográficos, basta poner la debida atención en las actitudes más inocentes, en las decisiones más básicas, para identificar el comportamiento propio de un criollo. La criolla manera de sufrir, la criolla manera de amar, la criolla manera de odiar; todas las emociones tienen un significado único que llama para ser descubierto, y que se expresan de manera igualmente única en este particular tipo humano en que convergen Europa y América.

Y es que si en este sentido los criollos fueran iguales al resto de la población de Chile, siendo simplemente “chilenos”, la lucha por la preservación de este pueblo se reduciría a conservar un simple envase biológico que hace, piensa y actúa de forma idéntica a todos los demás. No valdría la pena. Pero sabemos que hay algo, algo que muchas veces no se puede ver, tocar ni describir, sino que simplemente se siente. Por eso, un buen punto de partida hacia la búsqueda de estos elementos criollos olvidados

sería entender que **la Identidad criolla no es una idea que se piensa y comparte, sino que un estado de ánimo que se experimenta.**

Debemos redefinir fronteras, pero las más importantes se encuentran en nuestras mentes. Atrás debe ser dejado el tiempo en que se definía la afinidad entre personas según religión, partido político, clase social, nacionalidad jurídica, profesión, etc. Sean cristianos o ateos, de izquierda o derecha, burgueses o proletarios, brasileños o argentinos, médicos o artesanos, todos los criollos son hermanos.

El factor racial es clave para entender el ser e historia del criollo, pero insuficiente. Es el suelo americano el que completó su dimensión europea y lo convirtió en criollo. **Fue América la que permitió al criollo alejarse de Europa para sumergirse Europa.**

Mientras que Europa desde tiempos incluso previos al Imperio Romano ya experimentaba sus primeros desangramientos internos, con pugnas entre pueblos hermanos que purgaban a sus mejores elementos raciales, Iberoamérica fue una tierra de encuentro paneuropeo. Las sucesivas oleadas de inmigrantes dejaban sus conflictos al otro lado del océano para permitirse un nuevo comienzo, uno en el que estarían lado a lado junto otros europeos, muchas veces descendientes de etnias que en Europa sufrían sangrientos conflictos, pero que en América se encontraban para aceptarse y fusionarse.

El criollo es nada menos que el paneuropeísmo hecho ser humano. En él fluyen sangres de diversas etnias europeas, pero que convergen en un solo corazón criollo.

Hay etnias europeas conocidas por sus virtudes militares, otras por su talento artístico, algunas por su alto grado de organización, y así sucesivamente. La futura etnia criolla será reconocida por una virtud que ya posee: la hermandad intra-europea. Para algunos podrá parecer una virtud insignificante, o ni siquiera una virtud, pero considerando la baja natalidad de los pueblos blancos actuales, y que incluso en el año 2014, 100 años después de la Primera Guerra Civil Europea todavía existan desangramientos armados entre hermanos raciales (ucranianos y rusos, eslavos al igual que entonces), haber superado todas las disputas inter-étnicas mediante esta nueva estirpe constituye un mérito respetable.

Al encontrarse en el suelo americano, los europeos se alejaron de todas las divisiones nacionales, políticas, ideológicas, y religiosas que los fraccionaban, y se hermanaron con sus pares raciales iniciando una nueva historia. Así fue como el criollo, alejándose de Europa, se sumergió en la esencia de ella: en su raza, convirtiéndola en el pilar de su futura descendencia.

La mezcla inter-étnica europea, sobre la que hacíamos mención en su respectivo apartado, diluyó las etnias progenitoras, pero condujo a que los eurodescendientes pudieran sobrevivir y conservar su Identidad racial, legando

a cada nueva generación la promesa del nacimiento de una nueva etnia blanca.

Las naciones blancas del mundo pronto se enfrentarán al desafío de ser o no ser, y ya sea por reflexión o sufrimiento entenderán que sólo la colaboración inter-étnica europea les asegurará un futuro. Debemos aprender de los pueblos Europeos que por siglos y hasta milenios han conservado sus vínculos identitarios y autoconsciencia étnica. Pero los pueblos de Europa también tienen mucho que aprender de los criollos, que a pesar de no ser suficientemente conscientes de su Identidad, hace siglos superaron el egoísmo étnico, avanzando a la solidaridad racial, y alcanzando la deseada paz entre hermanos europeos.

Surge una doble tarea para los criollos conscientes:

1. Romper el cerco psicológico que divide entre la mayoría criolla de clase alta, y aquella minoría de clase media dotada de mayor potencial revolucionario. Es indispensable neutralizar los efectos nocivos de la barrera clasista que, si bien ha blindado racialmente, priva a los criollos de clase alta del encuentro con sus pares no-burgueses que ya han avanzado hacia la afirmación plena de la Identidad criolla. Demostrar la fragilidad de la clase y la fortaleza de la Identidad; afirmar que las riquezas materiales son transitorias, mientras que el patrimonio más valioso y permanente es la herencia genética; concientizar en el hecho de que los privilegios de hoy son consecuencia de la

voluntad europea del pasado, por lo que la acumulación de bienes materiales no es garantía de prosperidad, sino que la conservación de dicha voluntad y de su carácter europeo; en definitiva, exponer por todos los medios posibles cómo la primacía de la clase social ha enfermado el alma del pueblo criollo y contaminado su reputación ante la sociedad.

2. Generación de autoconsciencia étnica. Una vez que a nivel teórico se hayan superado todas las pseudo-identidades provenientes del clasismo burgués y el nacionalismo chileno, se vuelve indispensable sellar la Identidad mediante una convivencia intra-étnica proyectada en el tiempo, y que signifique la experiencia compartida de acciones, proyectos, y sentimientos que contribuyan a la identificación recíproca entre pares raciales. Internet debe ser una herramienta al servicio de la comunicación entre criollos, pero no la base del sentimiento e identificación recíproca entre éstos. La autoconsciencia étnica se debe experimentar por el contacto directo entre criollos, mediante la creación de espacios exclusivos donde festividades, tradiciones y eventos de trascendencia individual sean compartidos con el resto de la comunidad criolla. La etnia es un ente vivo, por lo que sus manifestaciones deben estar cargadas de un contenido vital y trascendente.

La autoconsciencia étnica es un gran paso, pero no el único, y desde ya podemos anticipar la dirección de los próximos. Y es que si bien en Chile el Paneuropeísmo se cumplió, hoy surge un nuevo desafío, original, transgresor, y ambicioso:

el **Pancrillismo**, la unión de todos los criollos en una sola nación americana. Una misión tan trascendente y revolucionaria que podemos estar seguros de que el día que el Pancrillismo sea vuelva (nuestra) realidad, América nunca volverá a ser la misma.

* * * * *



CÍRCULO DE INVESTIGACIONES PANCRIOLLISTAS
Santiago de la Nueva Extremadura
MMXV

www.PANCRIOLLISMO.com